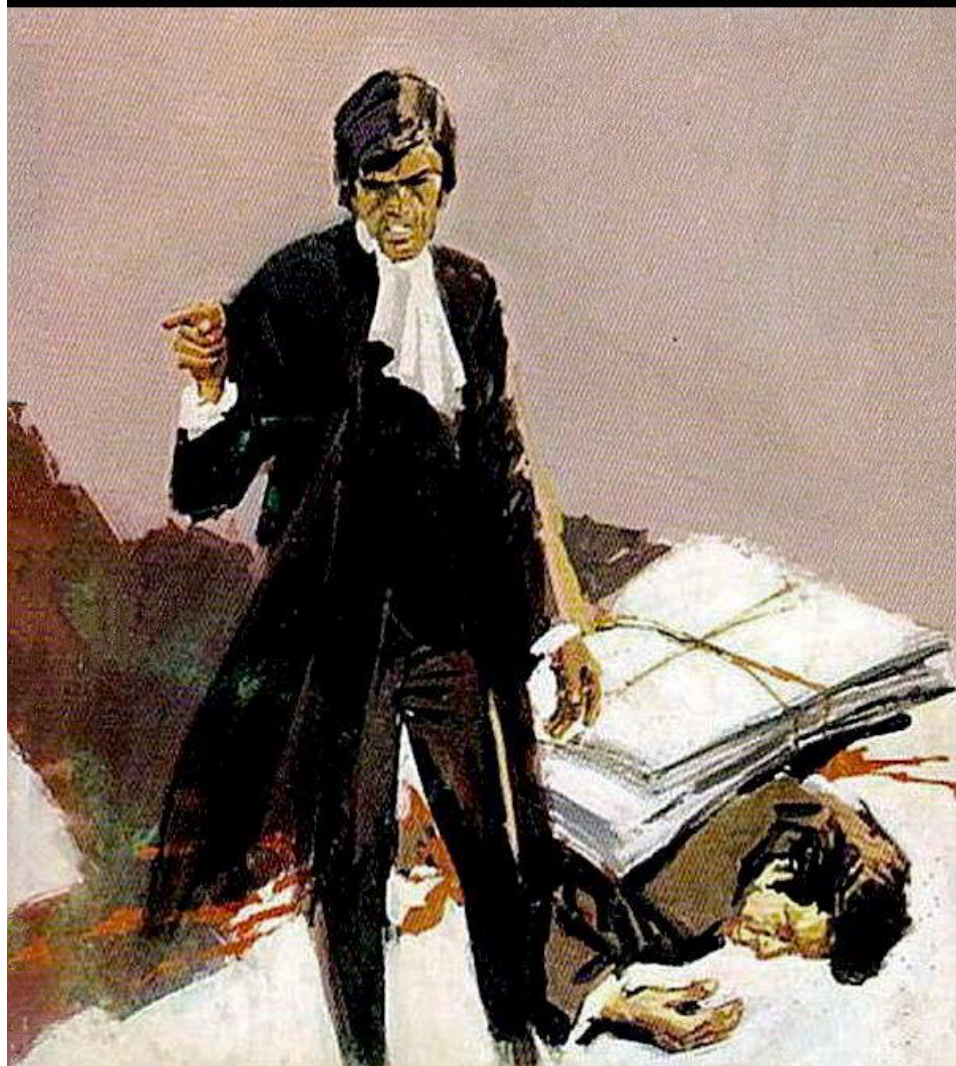


SERVICIO
SECRETO

SS

UN CASO CERRADO

Albert Rosbund





Albert Rosbund

Un caso cerrado

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1542

ePub r1.1

Lds 24.03.19



Título original: *Un caso cerrado*

Albert Rosbund, 1980

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Llegué al Buster Club a las doce en punto, hora en que había sido citado. A la entrada un uniformado empleado, muy educado, me pidió el carnet de socio y yo le dije que había sido invitado por la señora Lois Carson.

El hombre estaba al tanto, me pidió excusas y me facilitó la entrada.

Tras atravesar un amplio y limpio vestíbulo, alcancé una sala biblioteca. Allí se encontraban buen número de personas, mujeres en su mayoría, leyendo libros o revistas. La señora Carson me había dicho que la encontraría en dicha sala vestida de negro.

Resultó ser una mujer de unos cuarenta años de edad, muy bien llevados, de estatura mediana y cabellos rubios oxigenados; su rostro perfectamente maquillado, ocultando cualquier pliegue irreverente del tiempo, denotaba cierta falta de ilusión por la vida. Vestía, en efecto, de luto, pero con suma elegancia, realzando su madura belleza.

Vino hacia mí nada más atravesé el umbral. Ella se encontraba sentada frente a la puerta, hojeando una revista. Al verme, consultó su reloj de pulsera y se puso en pie. Yo le había informado, durante nuestra charla telefónica, que era un tipo más bien alto y de treinta años de edad.

—¿El señor Cassidy?

—Así es. ¿La señora Carson?

—En efecto.

Acepté su mano, y luego ella dijo:

—Supongo que le apetecerá tomar un aperitivo.

—Bueno.

La seguí hasta el bar, mucho más repleto que la sala biblioteca,

aquí con mayoría de hombres. Ocupamos una mesa apartada, después de que ella saludara ligeramente a algunos de los presentes. Un camarero, vestido de impecable blanco, llegó al momento; pasó el trapo por la mesa y preguntó qué queríamos.

—Un martini —fue la respuesta de ambos.

—Bien —exclamé yo después, juntando las manos—. ¿De qué se trata, señora Carson?

—De mi hijo Joe.

—¿Qué ocurre con él?

—Murió.

Me quedé un poco cortado por aquella rápida e inesperada contestación. Comprendí entonces a qué podía ser debido el luto, y murmuré:

—Lo siento.

Ella alzó la barbilla y dijo casi como una orden:

—Quiero que investigue su muerte.

—Ya —chasqueé la lengua. No me gustaba aquel tono. Imaginaba que ella estaba acostumbrada a mandar.

—Tengo entendido que es usted uno de los mejores detectives de la ciudad.

El halago suavizó sus anteriores palabras. El camarero trajo las copas y yo me humedecí los labios bebiendo un sorbo del martini.

—¿Qué dice, señor Cassidy?

—Investigar muertes no suele ser mi cometido. Es más bien el de la policía.

—Sí, claro.

—¿Acaso ella no se ha hecho cargo del asunto?

—Sí, pero ya lo ha dejado.

—¿Por qué?

—Han decidido que se trata de una muerte accidental y le han dado el carpetazo.

—Hummm...

Ella bebió un largo trago, luego se pasó la lengua por los rojos labios y preguntó:

—¿Se hará cargo, señor Cassidy?

Jugueteaba nerviosamente con la copa; los dos anillos que llevaba en cada mano producían un ruidito especial al chocar con el cristal. Yo decidí no comprometerme todavía y averiguar algo más.

—¿Qué clase de accidente?

—De coche.

—¿Cómo fue?

—Por la noche. En una carretera vecinal, viniendo de Toledo, al parecer. Se salió en una curva y cayó por un barranco. El auto se incendió y explotó. Joe murió... murió carbonizado. Debió ser horrible —apretó los labios con fuerza, pugnando porque no se le escaparan unas lágrimas.

Respeté su dolor durante un largo minuto y luego le pregunté:

—¿Y usted piensa que no fue un accidente?

—Sí.

—¿Por qué?

—Joe era un excelente conductor...

—Todos podemos tener errores.

—Además conocía el coche a la perfección. No tenía secretos para él.

—Ya. ¿Cuántos años tenía su hijo?

—Diecinueve.

—No muchos para tener esa experiencia de la que habla, señora Carson.

—La tenía. Él se crió entre coches.

—¿Qué quiere decir?

—Yo soy la viuda de Alexander Carson, el propietario de la industria automovilística Run. ¿Entiende?

—Sí. Perfectamente.

—No creo en ese accidente.

—¿Y en qué piensa? ¿En un asesinato?

—No sé. La verdad es que no lo sé.

Fruncí el ceño.

—¿No tiene alguna sospecha?

—No.

—¿Entonces...?

—Hace seis meses que se separó de mí.

—Pero se verían, hablarían...

—Desgraciadamente, no.

—¿Por qué?

—Discutimos. Ésa fue la razón por la que se marchó de casa.

—¿Y cuál fue el motivo de la discusión?

—Una chica.

—A ver, cuéntemelo.

Bebí un trago, dispuesto a escucharla.

—Hace cosa de ocho meses Joe comenzó a salir con esa chica, Sharon Ellis, una maestra de escuela de niños. Una chica vulgar y corriente, que sólo buscaba su posición y dinero. A mí no me gustó. Entonces, al ver que no era un simple pasatiempo, me opuse a sus relaciones. Joe se enfadó y se largó.

—¿Así de sencillo?

—Sí.

—¿Se fue a vivir con ella?

—No. Ocupó un apartamento de nuestra propiedad.

—¿Y de qué vivía?

—Yo le pasaba mensualmente una cantidad.

—¿Trabajaba, estudiaba...?

—Iba a la Wayne State University, pero sus estudios no eran muy buenos. Le propuse que entrara en nuestra empresa para ir tomando contacto, pero lo rechazó. La verdad es que sólo pensaba en gastar dinero y divertirse.

—Un chico así...

—Eso no quita para que lo sucedido fuera algo más que un accidente.

—Pero es que usted, señora Carson, no tiene nada en que apoyarse para...

—Por eso le he llamado a usted —me interrumpió, secamente, algo molesta—. Si tuviera alguna prueba o sospecha, habría forzado a la policía a continuar con el caso. Por otro lado, es mi dinero el que se va a gastar, ¿no?

—Desde luego.

Inspiró profundamente y pareció calmarse.

—Durante estos seis meses apenas supe de él —dijo—. Puede que se hubiera metido en algún lío. ¿Va a aceptar el caso, señor Cassidy?

Apuré el contenido del vaso.

—No me hago muchas ilusiones, pero usted lo dijo, señora Carson: es su dinero... y yo he de trabajar.

—Sólo le pido que ponga empeño en el asunto.

—Siempre lo pongo.

Se metió la mano en un bolsillo de su vestido y sacó una foto y una llave.

—Éste es un retrato de él.

Lo tomé y lo observé. Joe Carson había sido un muchacho de rostro risueño, cabellos castaños ensortijados, ojos oscuros y boca de labios delgados. Visto así, parecía un joven más de los muchos que pululaban por la calle. No me dijo nada.

—Ésta es la llave de su apartamento —agregó la mujer—. Un día de éstos he de ir por allí a retirarlo todo. Pero primero he de armarme de valor.

—Muy bien. Iré por allí y echaré un vistazo. ¿Cuál es la dirección?

Me la dio, añadiendo:

—También le aconsejo que visite a la chica ésa, Sharon Ellis. Trabaja en la Harper School de East Detroit, en Shakespeare Street.

Tomé buena nota de todo. Luego ella me acompañó hasta la salida.

—Respecto a sus honorarios, no se preocupe, no habrá ningún problema.

—Lo supongo. Por eso no he mencionado esa cuestión.

De nuevo acepté su mano.

—Téngame al corriente, por favor —rogó.

CAPÍTULO II

La Harper School era una sencilla escuela que ocupaba buena parte de una manzana, con su patio de recreo y todo. No me fue difícil llegar hasta el despacho de administración y allí informarme sobre Sharon Ellis. No había calculado mal al pensar que era hora de que las clases estuvieran a punto de concluir.

—En estos momentos está dando clase, pero si aguarda quince minutos podrá verla.

Encendí un cigarrillo.

La señora de lentes agregó:

—Salen por el patio de recreo. Es una chica alta y joven, morena.

Le di las gracias y salí de allí. Al parecer le molestaba el humo.

Pasaron veinte minutos antes de que una avalancha de niños y niñas atronara el patio con sus carreras y gritos, sintiéndose libres por aquel día.

Enseguida la reconocí, destacaba sobremanera sobre los otros profesores, todos de mayor edad y ninguno tan rodeado por la chiquillería. Parecía tener bastante gancho con los niños.

—¿Señorita Ellis? —pregunté, saliéndole al paso.

—Sí.

—Me llamo Paul Cassidy.

—¿Qué desea?

—Soy detective y quisiera hablar con usted.

La joven arqueó una ceja. Además de ser alta y morena, poseía un rostro sumamente sensual, con unos hermosos ojos color miel y unos labios gordezuelos, que incitaban al beso. Su figura era más de modelo publicitaria que de maestra de escuela, no tenía desperdicio alguno.

—¿Detective de policía? —me preguntó uno de los niños que saltaban a su alrededor.

—Ella no puede haber hecho nada —exclamó una niña, mirándome muy seriamente.

—¡Es muy buena! —se exaltó otra niña—. ¡Todos la queremos mucho!

—Tranquilos, chicos —sonreí, apaciguándolos—. No soy detective de policía. Sólo privado. Y no busco a vuestra maestra porque haya hecho algo malo. Únicamente deseo conversar con ella sobre cierto asunto.

Los niños me siguieron observando con recelo, no muy convencidos.

En cambio, ella suavizó el gesto.

—Vivo cerca de aquí —dijo—. Si no tiene inconveniente de acompañarme, charlaremos por el camino.

—Con mucho gusto.

—¡Adiós, señorita Ellis! —Se despidieron los niños.

Ella les sonrió y a algunos les acarició los cabellos. Eché a andar junto a ella, saliendo de la escuela.

—¿De qué desea hablarme? —preguntó.

—Joe Carson.

—¡Oh! —exclamó, sorprendida, deteniéndose y mirándome con fijeza.

—Supongo que no será un tema agradable.

—No lo es —reconoció—. Pobre Joe...

Nos encontrábamos en la esquina de Shakespeare y Collinson. Pregunté:

—¿Recto, a la derecha, a la izquierda...?

—A la derecha.

Tomamos Collinson Street hacia Kelly Street, con paso lento.

—No entiendo qué puede querer de mí. Todo cuanto sé se lo conté a la policía.

—Pero yo no he hablado con la policía. Prefiero elaborar mi propio informe.

—¿Para quién trabaja?

—Eso es secreto.

—Supongo que para esa bruja...

—¿A quién se refiere? —Me hice el despistado, aunque ya lo

imaginaba.

—A la madre de Joe.

—¿Por qué?

—Ella me tiró encima a la policía. Aseguraba que lo de su hijo no era un accidente, a pesar del dictamen de la Brigada de Investigación de Accidentes. Supongo que al no hacerle ya más caso la policía, habrá recurrido a usted.

No era tonta.

—Dejemos estar eso.

—No sé nada.

—Me extraña. Tengo entendido que usted y él...

—Es cierto. Salimos juntos durante una larga temporada. A la madre de Joe no le hizo gracia, no le caí simpática desde un principio, no sé muy bien por qué. Luego... luego todo terminó.

—¿Acaso ya no tenían relaciones?

—No.

—¿Por qué?

—Comenzamos a discutir frecuentemente, a tener opiniones encontradas. Al principio todo parecía muy bonito, nos cegamos por la pasión, pero después, cuando ésta se normaliza, las cosas empiezan a ser de otra forma. ¿Nunca le ha sucedido?

—Sí —reconocí.

—Pues eso pasó. En realidad, éramos distintos. El pertenecía a otro estrato social por más que quisiera disimularlo. Era algo innato. Había nacido dentro de un imperio automovilístico, rodeado de todo lujo. Su forma de ver la vida era diferente a la mía.

—¿Lo dejaron por mutuo acuerdo?

—No. Le dejé yo.

—¿Durante el tiempo que le trató observó alguna conducta extraña?

—En absoluto.

—¿Se drogaba, bebía...?

—No, no.

—¿Amistades raras?

—Tampoco.

—¿Algún negocio?

—No. No le gustaba trabajar. Ni siquiera quería saber del negocio de su padre.

—Algo de eso he oído. Al parecer sólo le interesaba el dinero y divertirse.

—Es cierto, sí. Pero desde la muerte de su padre, al quedar todo en manos de su madre, ésta le tenía muy cogido, no era tan consentidora como su progenitor. Eso exasperaba a Joe. El solo quería vivir bien pasar el rato lo mejor posible, usted ya me entiende. Por eso y por mí, rompió con su madre y se fue a vivir solo a un apartamento.

—¿Cuándo terminó lo de usted y él?

—Una semana antes de su muerte.

—¿No volvió a saber de él?

—Me telefoneó un par de veces, pero yo le dije que no. Él quería agarrarse a un imposible. Estaba un poco desesperado, ésa es la verdad, al menos a mí así me lo pareció. A su modo me amaba, y había roto con su madre y abandonado el hogar. ¿Lo entiende?

—Sí.

—Tal vez el fracaso le llevara a cometer aquella locura con el coche. Como ya declaré, cuando estaba furioso, le gustaba coger el coche y lanzarse a la carretera a correr.

—¿No se le ocurre que pudiera haber alguna oculta razón para su muerte?

Ella me miró largamente.

—¿Por qué?

—La pregunta se la hago yo.

—Es que no encuentro ninguna razón. Lo siento, señor Cassidy. Creo que eso es todo. Ya hemos llegado —me señaló un edificio de diez pisos que se levantaba sobre una tienda de electrodomésticos.

De pronto, de un coche aparcado junto a la acera, brotó un gorila que me golpeó con el canto de la mano en el cuello. Todo empezó a darme vueltas, oí un chillido femenino y luego ya no supe nada de las cosas de este mundo.

CAPÍTULO III

Cuando desperté, ya había allí unos agentes de un autopatrulla y algunas personas alrededor de ellos gritaban:

—¡La han raptado! ¡La han raptado!

Me levanté sin que nadie se ocupara de mí y miré a todas partes. No vi por ningún lado a Sharon Ellis y enseguida deduje que se referían a ella.

Me acerqué al grupito.

—¡Yo la conocía! ¡Yo la conocía! —gritaba una mujer de aspecto robusto, abriéndose paso entre los demás y encarándose a los agentes de policía—. ¡Era la señorita Ellis, maestra de la Harper School! ¡Esto está imposible! ¡No se puede ni ir por la calle! ¡No hace más de un mes raptaron a un niño de esa escuela precisamente y luego apareció muerto, violado! ¡Y las autoridades sin hacer nada!

Todos los de alrededor le dieron la razón a la señora y los agentes se sintieron la mar de indefensos ante los chillidos y las recriminaciones. Al verme, uno de ellos se acercó rápidamente a mí.

—¿Cómo se encuentra? —me preguntó, tomándome por un brazo—. Habíamos llamado una ambulancia...

—No será necesario. Ya estoy bien. Sólo fue un golpe. Estoy bien, estoy bien...

—¿Puede contarnos lo ocurrido, señor...?

—Cassidy. Paul Cassidy. Pero la verdad es que no puedo decirles mucho. El tipo aquel con aspecto de orangután salió disparado del coche y me golpeó. Oí un chillido... y nada más. Han raptado a la muchacha, ¿no?

—Sí. ¿Era amigo suyo?

—Sólo conocido. La acompañaba a su casa.

—¿Acaso temía algo?

—No que yo sepa. ¿Ha habido testigos?

—Sí, varios.

—¿Qué han aportado?

—El modelo del coche, un Ford Mustang, color gris acero. La matrícula nadie la recuerda. Y al parecer eran dos los que iban en él, el conductor y el que le golpeó, que acto seguido obligó a la joven a subir al coche.

Llegó la ambulancia haciendo sonar la sirena, pero en cuanto supieron que no había nada que hacer, acallaron la sirena y se largaron. La gente comenzó a cansarse y el grupo fue disolviéndose poco a poco. Yo acepté acompañar a los patrulleros hasta el Police Department para prestar declaración y firmar la denuncia. También porque quería hablar con el teniente Spielberg.

Los agentes me acompañaron hasta mi coche, aparcado cerca de la escuela, y todos juntos nos dirigimos hacia el Departamento de Policía.

Adam Spielberg era un hombre enjuto, moreno, con mucho dinamismo y treinta y siete años de edad. Nos conocíamos de haber tropezado en varios asuntos.

—¿Qué sucede? —preguntó al verme, avinagrando el rostro.

Uno de los patrulleros le dio cuenta.

Adam Spielberg se hizo cargo de todo y les despidió con una cariñosa palmada. Luego se encaró a mí, dando un puñetazo sobre la mesa.

—¿En qué lío andas metido, Cassidy?

—Pues... no lo sé muy bien —puse cara de ingenuo.

—No empieces con evasivas.

—De verdad que no.

—Bien. ¿Qué hacías con esa chica y por qué la raptaron? —Se sentó a horcajadas frente a mí—. A la primera pregunta puedo responderte que simplemente hablábamos. A la segunda, no tengo ni idea.

—¿Por qué hablabas con ella?

—Estoy trabajando en un asunto y ella podía facilitarme alguna información.

—Un asunto... Luego sí sabes en qué lío andas metido.

—Pienso que no es ningún lío, ni creo que tenga que ver el rapto ese con él. Sencillamente, estoy realizando una investigación.

—¿De qué se trata?

Habíamos llegado al punto que yo quería.

—Joe Carson —respondí.

—¿Joe Carson? Ese nombre me suena...

—Era el hijo de Alexander Carson, el de los coches.

—¡Oh, sí! ¡Tuvo un desgraciado accidente!

—Apuesto a que debéis tener un *dossier* por ahí...

El teniente me miró fijamente.

—¿Es ése tu asunto?

—Sí —reconocí.

—¡Buck! —Ladró.

Un tipo cuadrado, con cara de pocos amigos, se acercó a nosotros. El teniente le ordenó que le trajera la carpeta de Joe Carson.

—¿Por qué estás metiendo la nariz en ello?

—Bueno, hay quien piensa que la policía no hizo todo lo que debía.

—¡Maldita sea! —Se enfureció—. Si la Brigada de Investigación de Accidentes dijo que aquello era un accidente, nada más, ¿por qué teníamos que meter las narices? ¡Tenemos asuntos mucho más importantes y urgentes!

—Te comprendo —le sonreí amigablemente—. Pero ya sabes cómo es la gente. Con tanto telefilme policíaco, ven crímenes en todos lados.

Le ofrecí un cigarrillo y eso pareció calmarlo. Buck no tardó en regresar. El teniente consultó todos los papeles rápidamente.

—¡Eh! ¡Aquí sale el nombre de esa chica! —Miró también los impresos rellenos por los patrulleros, para cerciorarse—. ¡Sharon Ellis!

—Sí. Era su amiga.

—Al parecer se separaron, el chico quedó muy afectado... Puede ser la causa de que cometiera la locura de correr como un desesperado con el coche.

—¿Ésa es vuestra versión?

—No hay versión, Cassidy, sólo sugerencia. No estamos para estudios psicológicos. La Brigada de Investigación de Accidentes sentenció que no había ninguna anormalidad, así que sentenciamos el caso dándole carpetazo.

—Lo sé.

—¿Entonces...?

—Me gustaría echarle un vistazo a eso... si no tienes inconveniente.

—Toma.

Estuve leyendo atentamente, mientras mi cigarrillo se consumía en el cenicero y Adam Spielberg hablaba por teléfono con alguien.

—¿Qué? —me preguntó luego, al colgar.

—La verdad es que no hay mucho. El informe de la Highway Patrol no deja lugar a muchas dudas, con la declaración firmada del matrimonio Haley. Ambos venían de Dundee por la comarcal 50 y de pronto les pasó el auto de Carson como una centella. Unas millas después vieron el fuego en el fondo del barranco y dieron aviso. Por otro lado, los servicios técnicos no encontraron nada anormal en los restos del coche.

—Esta vez vas a tropezar —sonrió, estrujando el cigarrillo en el cenicero.

—¿Por qué? No pretendo que haya algo más. Mi misión consiste en investigar. Una vez haya cubierto todo, pasaré mi informe y sanseacabó.

—Pierdes el tiempo.

—Mientras me lo paguen...

—Vayamos con lo otro, Cassidy. Lo del muchacho está muy claro. ¿Qué ha pasado con la tal Sharon Ellis?

—No sé más de lo que hay ahí —señalé los papeles—. Fui a la escuela porque quería hablar con ella, deseaba conocer más cosas sobre Joe Carson. Propuso que fuéramos charlando hasta su casa. Yo acepté. El coche ese debía estar esperándola porque estaba aparcado en la acera. Súbitamente salió el gorila y me atizó.

—Malos reflejos.

—Uno envejece. A ti ya te han salido unas cuantas canas desde la última vez que nos vimos.

—¡Al cuerno las canas! ¿Qué más?

—Nada. No vi nada. Me quedé inconsciente. Cuando recuperé los sentidos, supe que la habían raptado.

—¿Por qué?

—¡Yo qué sé!

—¿La chica no te confió algo?

—Oh, sí. Me dijo que los extraterrestres la estaban acosando últimamente.

—Deja las bromas aparte.

—Si supiera algo te lo diría.

Adam Spielberg dejó correr unos segundos de silencio, cavilando.

—¿No se te ocurre por qué la han raptado?

—No estaría aquí.

Me puse en pie, dispuesto a largarme. El me hizo aún una última pregunta:

—¿En qué lío puede andar metida una maestra de escuela?

—Ni idea. Pero no hay que ser mal pensado. Tal vez sea la obra de unos sátiros. Oí contar a una mujer que hace cosa de un mes raptaron a un niño por aquella zona...

—Sí. O tal vez tenga que ver con Joe Carson. ¿Es eso lo que realmente piensas?

—Lo has dicho tú, no yo. Adiós, teniente.

Me alejé con una sonrisa.

CAPÍTULO IV

El apartamento de Joe Carson se encontraba en el suburbio de Highland Park, cerca de la esquina de Hamilton con Glendale. Era un edificio alto y suntuoso, con mucho cristal. En el vestíbulo reinaba un conserje uniformado sobre mármoles, alfombras e insufribles plantas.

—Era una gran muchacho —me comentó al saber a lo que iba—. Muy amable siempre.

—¿Recuerda sus visitas?

—Normalmente siempre era esa chica morena. Sharon creo que es su nombre.

—Sí. ¿Y quién más?

—A veces, otros chicos y chicas.

—¿Alguno en particular que le llamara la atención?

—No, señor. Todos parecían estudiantes de la Universidad, y ninguno era asiduo.

—¿Alguna persona mayor?

—No, que yo recuerde.

Me acompañó hasta el ascensor, enviándome al cuarto piso. Recorrí un pasillo reluciente antes de llegar a la puerta 4C, número y letra en oro. Saqué la llave, la introduje en la cerradura y no tuve ninguna dificultad en pasar al interior.

Primero me hice una composición de lugar y luego comencé a curiosear, pieza por pieza. El ambiente estaba bastante cargado, por lo que abrí las ventanas. En el pequeño vestíbulo no había nada que mirar, así que pasé directamente al salón. Allí había un mueble biblioteca con libros, revistas y diversas figurillas. Nada de eso me aportó algo interesante. Junto a la mesilla del teléfono encontré una agenda repleta de nombres y direcciones, que consideré de utilidad.

Miré debajo de los cojines y de las butacas. Negativo. En la cocina sólo encontré cachivaches y alimentos, en su mayoría enlatados. La nevera estaba conectada aún, y la desenchufé. Pasé luego al lavabo, en el que encontré sus objetos de higiene personal. Se me ocurrió mirar en el depósito de agua del váter, sin ningún resultado. Así llegué hasta el dormitorio.

En primer lugar me ocupé del armario ropero: camisas, jerseys, pantalones, chaquetas, una cazadora de cuero, calcetines, ropa interior... Decidí pasar al mueble de enfrente, repleto de libros de estudios, principalmente de ciencias físicas, por lo que deduje qué estudiaba en la Universidad. En uno de aquellos libros que ojeé encontré un folleto sobre el Museo de Pintura Holiday. El teléfono del Departamento de Restauración de dicho museo, que constaba en la contraportada junto con otros datos, estaba subrayado. Me llamó la atención. Era curioso que a un estudiante de Ciencias Físicas le gustara la pintura... cuando nada de lo que hasta ahora había visto en el apartamento hablaba de ella, salvo aquel folleto. Con éste ya en el bolsillo, pasé al otro armario. Allí tenía guardado todo un equipo completo de esquiar, un par de raquetas de tenis y tres botes de pelotas, un equipo de submarinista, una cámara de cine, una máquina de fotografiar, y muchos otros artilugios que no me decían nada. Por último me dirigí a la mesita de noche y la registré a fondo, saliendo finalmente del dormitorio con cierta desilusión.

Al pasar de nuevo por la cocina, tuve una idea. El cubo de la basura. No me había preocupado por él. Cuando lo encontré, observé con regocijo, como un perro famélico y hambriento, que no había sido vaciado. Joe Carson no pudo ocuparse de él la última noche.

Fui al salón a por una revista, la despedacé y extendí los papeles por el suelo. Luego vacié encima de ellos todo el contenido del cubo. A duras penas soporté el horrendo tufillo, mientras escarbaba. Porquería y más porquería. Algunos papeles con apuntes de clases universitarias. Latas de bebidas y alimentos. Varias hojas de calendario, del catorce al veinte de julio, el día antes de su muerte. Las debía haber arrancado con retraso, todas juntas. En algunas había anotaciones de compras que debía realizar. Sólo en la del día quince había escritos tres nombres, escuetamente.

Scarran.
Martinson.
Fletcher.

Poco después comprobaba en su agenda que los tres nombres constaban en ella.

Phil Scarran.
Thomas Martinson.
Gene Fletcher.

También constaba la dirección y el número telefónico de cada uno.

Ya algo más satisfecho, me dejé caer sobre una butaca y encendí un cigarrillo. Fumé, pensativo, relajándome. No debía hacerme muchas ilusiones, todo aquello tal vez no significara nada. Al menos, no en el sentido que esperaba mi cliente. Pero por lo pronto tenía tres nombres con los que empezar. En la agenda había por lo menos dos docenas, provocando que uno dudara con quién comenzar. Ahora ya no. Y además tenía el curioso folleto del Museo de Pintura Holiday. Algo de todo aquello podía darme una luz, si es que realmente existía.

Poco después tomaba el coche y me dirigía a la zona de Grosse Point. Casualmente los tres vivían en aquel suburbio colindante al St. Clair Lake.

Phil Scarran tenía una casita en Grosse Point Farms, entre Sunset y Lakefrest, formando parte de una urbanización de muchos millones de dólares. Por más que llamé, nadie me abrió. Unos chicos que venían jugando al balón, al verme parado junto a la verja, se detuvieron.

—¿Busca a los señores Scarran? —me preguntó el larguirucho.

—En efecto, muchachos. Al parecer no están.

—Claro que no, señor —me respondió el pecosito del trío—. Los señores Scarran se encuentran de viaje por Europa.

Les di las gracias y me largué con un gesto de pesar. Pero aún quedaban dos. Por ejemplo, Thomas Martinson. Éste vivía más arriba del Country Club of Detroit, hacia el oeste, en Prestwick

Street. Ocupaba todo el piso tercero de un lujoso edificio de moderna factura.

—Lo siento, señor —me dijo el conserje cuando le expliqué a qué iba—. Los señores Martinson no están.

—Puedo esperarles...

—No se lo recomiendo, señor —me sonrió magnánimamente—. Los señores Martinson se hallan fuera del país, de viaje.

—¿Por Europa?

—Sí, señor. Y supongo que tardarán algunos días aún en regresar...

—Entiendo. Gracias por todo.

—No hay de qué.

Malhumorado, me dirigí hacia el lago. El último de la lista, Gene Fletcher, vivía en Grosse Point Shores, un poco antes de llegar al Yacht Club. Habitaba en una finca algo alejada del mundanal ruido, con vista al lago.

Resoplé aliviado cuando una doncella de cara caballuna me abrió la puerta y me invitó a pasar cuando le dije que deseaba ver al señor Fletcher.

Caminé tras ella por un largo y suntuoso pasillo, deteniéndonos finalmente ante una puerta de roble, que abrió, franqueándome el paso.

—Entre —me indicó—. El señor Fletcher acudirá al momento.

—Gracias.

El salón era casi de ensueño, decorado ostentosamente, con muebles de nogal, adornos de plata y oro y pinturas de firmas renombradas. Ante aquel lujo uno se sentía algo así como un gusano insignificante.

No tuve tiempo de apreciarlo todo. Antes se abrió una puerta y apareció un hombre de unos cuarenta y cinco años de edad aproximadamente, de buena presencia física, cabellos castaños ondulados, ojos negros y nariz roma. Vestía un impecable traje de chaqueta y toda su persona desprendía un fuerte perfume varonil.

—Precisamente en estos momentos iba a marcharme —dijo al tiempo que estrechaba mi diestra—. Tengo una cita. ¿En qué puedo servirle, señor Cassidy?

—Tengo entendido que usted conocía a Joe Carson —decidí ir al grano.

—Oh, sí —no pareció sorprenderse—. Soy amigo de la familia. Desgraciadamente, Joe murió hace varios días...

—Lo sé.

—¿Viene usted recomendado por la señora Carson?

—No.

Gene Fletcher arrugó el ceño.

—¿Cuál es entonces la razón de su visita?

Le miré fijamente. Él ya me escrutaba con mucho detenimiento. Opté por no dar a conocer mi verdadero oficio. No acababa de convencerme aquel tipo. Tal vez fuera su buen olor.

—Bien —dije, con una sonrisa para inspirar confianza y credibilidad—. Trabajo como reportero libre. En la actualidad estoy elaborando un trabajo sobre la muerte de Joe Carson. Siendo hijo de quien era, es algo que puede interesar. ¿No le parece?

—Si usted lo cree así...

—Por eso estoy entrevistando a las personas allegadas, a los que le conocieron.

—Hummm —no pareció muy convencido el dueño de la casa, mesándose los cabellos—. Tendrá que disculparme un momento, señor Cassidy. Si vamos a entretenernos, es preciso que avise que llegaré un poco tarde.

—Muy bien. Es usted muy amable al concederme un poco de su preciado tiempo.

—Siéntese, por favor.

Salió de la estancia mientras yo me acomodaba en una butaca. Encendí un cigarrillo y seguí curioseando cuanto me rodeaba. Al cabo de tres minutos regresó, frotándose las manos como si tuviera frío... o estuviera muy satisfecho.

Tomó asiento frente a mí.

—Bueno, dispongo de unos minutos —dijo—. ¿Qué desea saber, señor Cassidy?

—Empecemos por el principio, si a usted le parece. ¿De qué conoce a la familia Carson?

—Oh, de hace muchos años. Fui amigo de Alexander Carson. Durante un tiempo fuimos socios en un negocio de recambios de automóviles, que desgraciadamente no tuvo mucho porvenir. Luego continuamos nuestra amistad.

—Por tanto, conoce al muchacho tal vez desde su niñez...

—En efecto, aunque no lo traté mucho, menos ahora en los últimos años.

—¿Cómo era su carácter?

—Un joven abierto, simpático...

—¿Alguna vez intervinieron juntos en algo, un negocio por ejemplo?

—No, no. En absoluto. Joe no servía para eso. Lo suyo era divertirse.

—Ya. ¿Alguna vez discutió con él?

—No. Jamás.

Me puse en pie para acercarme a un cenicero y allí depositar la ceniza que había almacenado en el cuenco de mi mano izquierda. Luego apagué el pitillo.

Cuando volví a encararle, le pregunté de sopetón:

—¿Le suenan los nombres de Scarran y Martinson?

—Por supuesto —asintió—. Son buenos amigos míos. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿También son amigos de los Carson?

—Claro. Todos pertenecemos al mismo club. Ellos precisamente están en Europa, con sus mujeres.

—Ya. ¿Es usted casado?

—No. Oiga, esto parece más un interrogatorio policial. No entiendo muy bien su trabajo.

—No se preocupe por eso —le sonreí—. Yo lo conozco perfectamente.

Tomé de nuevo asiento. Gene Fletcher no parecía nervioso, pero sí me miraba con cierto recelo.

—Le preguntaba por esos señores porque no había podido localizarlos.

—Está bien. ¿Algo más?

—Volvamos al personaje central: Joe Carson. ¿Qué sabía últimamente de él?

—No mucho, ya le dije. Estudiaba en la Universidad...

—¿Nada más?

—Bueno, tuvo cierto problema familiar. Discutió con su madre y se fue de casa. Creo que por culpa de una joven cuyo nombre es...

—Sharon Ellis.

—Exacto.

—Ya he hablado con ella.

—Entonces sabrá muchas más cosas que las que yo le pueda contar.

Era una forma de iniciar la despedida, pero yo no me dejé vencer.

—¿Recuerda cuándo le vio por última vez?

—Creo que... hace un mes, aproximadamente.

—¿Cómo fue eso?

—Bueno, me encontré a Joe en el Ambassador. Suelo ir a menudo por allí. Hacía tiempo que no nos veíamos. El llevaba prisa, así que quedamos en que un día vendría por aquí. Y es lo que hizo. Un buen día se presentó en compañía de su amiguita. Así fue como la conocí. Estuvimos aquí precisamente, tomando unas copas y charlando.

—Así que los dos juntos, ¿eh?

—Eso es.

—¿Le pareció una pareja feliz?

—La verdad es que... sí.

—En cambio, discutieron al poco.

—Eso supe tras su muerte. Se corrió la voz de que Joe se encontraba algo desequilibrado tras su fracaso sentimental.

—¿Y usted qué piensa al respecto?

—No puedo opinar. No volví a verlo.

—Ya —murmuré, pensando que no estaba obteniendo mucho—. ¿Recuerda qué hablaron ese día?

—Cosas intrascendentes, recuerdos de los tiempos en que vivía su padre, todo eso.

—¿No estaba preocupado por algo? ¿No le comentó algún problema?

—No. Nada de eso dejó traslucir.

Gene Fletcher consultó su reloj y comentó:

—Me parece que ya le he concedido demasiado tiempo. He de abandonarle, señor Cassidy.

No me opuse porque en aquellos momentos me sentía incapaz de continuar la conversación sin llamar excesivamente la atención. Por otro lado, no convenía apretar las tuercas sin tener algo seguro. Y una hoja de calendario con tres nombres no era una prueba de peso.

Los dos salimos juntos de la casa.

—Encantado de conocerle, señor Cassidy —estrechó mi mano en señal de despedida—. Le deseo mucho éxito en su reportaje.

La forma en que brillaron sus ojos al decirme estas últimas palabras no me gustó nada. Por un instante me quedé quieto viéndole caminar hacia su garaje particular. Tuve el presentimiento de que él y yo volveríamos a vernos, porque no me había dicho todo lo que sabía.

CAPÍTULO V

El Museo de Pintura Holiday se encontraba en Mac Donald Place, más o menos en el centro de la ciudad. Era un edificio antiguo, clásico, que había sido restaurado para albergar una exposición permanente de valiosas pinturas, debidas únicamente a pinceles norteamericanos.

—Dispondrá de poco tiempo, señor —me advirtió lealmente la señora de la taquilla—. Vamos a cerrar dentro de veinte minutos.

—Es igual. Gracias.

Pasé al interior, recorriendo con bastante rapidez las distintas salas repletas de cuadros. Unos cuantos vigilantes se hallaban colocados en esquinas estratégicas. Los visitantes eran más bien escasos. La verdad es que apenas me interesé por las pinturas. Intenté por mí mismo localizar el Departamento de Restauración, pero viendo que no lo conseguía y el tiempo corría en contra me acerqué a uno de los vigilantes.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, señor —se llevó dos dedos a la visera de su gorra.

—¿Me podría indicar dónde está el Departamento de Restauración?

El hombre arqueó una ceja.

—Estoy preparando un trabajo sobre cuadros restaurados. Y necesito saber cuáles son.

La ceja volvió a su sitio.

—Vaya por aquel pasillo. Lo verá enseguida, a su izquierda. Hay un rótulo.

—Gracias.

En efecto, fue la mar de sencillo llegar hasta él. La puerta estaba

abierta. De todas formas, golpeé en ella y pregunté:

—¿Se puede?

—¡Adelante! —invitó una voz femenina.

Me encontré a una joven de unos veinticuatro años, de largos cabellos dorados, ojos verdes, nariz recta y fina y boca algo ancha. Se cubría con una bata blanca salpicada de manchas de pintura de diversos colores, y se hallaba frente a un caballete que soportaba un lienzo un poco deteriorado, pincel y paleta en las manos.

Desparramé la mirada por la estancia, pero no vi a nadie más. Sólo cuadros, una mesa llena de papeles, pinturas y pinceles, un par de armarios...

—Buenas tardes —saludé, adentrándome y llegando frente a ella.

—Hola —me sonrió—. Si no se da prisa, le van a dejar encerrado. Es la hora. La salida la encontrará por el pasillo de la derecha.

—No me he perdido —sonreí a mi vez.

—Oh, perdone —me miró mejor, olvidando el cuadro—. Casi siempre es eso. ¿Qué desea?

—Ver... Ando buscando a alguien de este Departamento que pueda darme noticias de Joe Carson.

—¿Joe Carson?

Yo la estaba observando detenidamente y la expresión de novedad que compuso su bello rostro me pareció totalmente sincera. Insistí.

—Eso he dicho. Joe Carson. ¿Le conoce?

—No me suena el nombre. Creo que es la primera vez que lo oigo.

—Pues tengo entendido que él venía por aquí —aventuré.

—Imposible.

—O al menos tenía relación con alguien de este Departamento de Restauración.

—Hum. Me extraña.

—¿Por qué?

—Yo trabajo aquí desde hace algunos años y...

—Tal vez otra persona —la interrumpí—. ¿O acaso es usted la única que trabaja aquí?

—No. Hay otra.

—¿Quién?

Ella no respondió al momento. Me miró con ojo crítico durante unos segundos y luego dijo:

—Aún no me ha explicado cuáles son sus motivos.

—Deseo saber de Joe Carson, se lo dije al principio. El me habló de este lugar, pero sin especificar.

—No es usted muy claro, señor...

—Cassidy. Paul Cassidy. Sólo deseo tener noticias de Joe Carson.

—Ya le he dicho que no lo conozco.

—Pero a lo mejor esa otra persona, sí.

—No lo creo.

—Será mejor que lo compruebe. Dígame quién es y dónde puedo encontrarla.

La joven volvió a vacilar.

—Señor...

La voz, masculina, surgió a mi izquierda. Giré la cabeza y vi al empleado que me había indicado el camino hasta el Departamento de Restauración.

—Haga el favor de salir, señor —dijo con voz impersonal—. Vamos a cerrar.

Medité unos instantes, luego di una cabezada de asentimiento, me despedí de la chica y eché a andar delante del vigilante.

Una vez fuera del museo, me senté en las escalerillas y encendí un cigarrillo. Fumé y contemplé cómo la noche iba cayendo sobre la ciudad, envolviéndola en su manto oscuro, y ella se defendía encendiendo luces aquí y acullá. La chica no podía tardar mucho en aparecer no creía que se quedara allí a dormir.

La espera duró lo que el pitillo. Ella apareció vestida de calle, muy atractiva, con excelente porte.

—¡Hola! —Me puse en pie.

Ella respingó, un poco asustada.

—¡Oh, es usted!

—No nos dejaron terminar la conversación. ¿Se acuerda?

—Sí...

—¿Le apetece tomar algo? Allí enfrente hay un bar. La invito. Ella dudó.

—No me como a nadie —levanté la mano derecha—. Se lo juro.

—Está bien —aceptó.

Era un local de ambiente agradable, con un pianista que ofrecía una música selecta. Ella pidió un *gin tonic* y yo un *bourbon*.

—Bien —exclamé, tabaleando los dedos sobre la mesa—. ¿Quién es la otra persona?

—Sólo le interesa eso, ¿eh? Parece usted un hombre de ideas fijas.

—Es muy importante para mí.

—Casi podría considerar esto como un soborno —dijo alzando el vaso para beber.

—Nada más lejos de mi intención. Por cierto, todavía no sé su nombre...

—Eve Arden.

—Eve... Es un bonito nombre.

—Gracias. ¿Cuál es su profesión?

La miré fijamente, mientras bebía. Pensé que a una chica así no se le podía mentir.

—Soy investigador privado —me decidí al fin—. Estoy elaborando datos sobre Joe Carson para mi cliente. Me interesan todas las personas que puedan haber tenido relaciones con él...

—¿Quién es Joe Carson?

—Un joven que murió hace unos días...

—¿Acaso... un crimen?

—No. Accidente de coche.

—¿Y quién es su cliente?

—Eso pertenece al secreto profesional. Lamento no poder decírselo.

—La verdad es que no me dice usted muchas cosas —se quejó ella—. Y en un principio, me mintió. No juega muy limpio conmigo, señor Cassidy.

—Bueno, eso es debido a mi profesión. Tengo que ocultar algunas cartas.

—Pero los demás le han de enseñar todas.

—No. Algunos también ocultan, y mi trabajo consiste en descubrírselas.

Al decir estas palabras pensaba especialmente en Gene Fletcher.

—¿Me va a ayudar, señorita Arden? —agregué.

—Sí. Yo no tengo nada que ocultar. Trabajo en el Departamento de Restauración y no me meto con nadie.

—No he pensado que usted tenga algo que ver con el asunto que llevo entre manos.

—Ni la otra persona que trabaja conmigo tampoco.

—¿Por qué?

—Yo lo habría sabido. Habría oído hablar de ese tal Joe Carson.

—¿Quién es esa persona?

Ella bebió otro trago y me lo dijo:

—Mi padre.

Por unos instantes me dejó perplejo, sin saber qué decir. Ella sonrió débilmente por encima del vaso que empuñaba, sus hermosos ojos verdes chispeando traviesos.

—Mi padre es en realidad quien lleva el Departamento de Restauración del Museo de Pintura Holiday. Yo aprendí el oficio desde muy joven, a su lado, y me encuentro allí en calidad de ayudante.

—Ya —sólo se me ocurrió decir.

—Hablo bastante con mi padre, conozco a casi todas sus amistades... Nunca oí hablar de ese Joe Carson.

—Sí, entiendo. De todas formas, usted ha dicho «casi».

—En efecto. Mi padre y yo no vivimos juntos, a mí me gusta llevar una vida independiente. Tal vez...

—Me alegro que lo reconozca. ¿Dónde está su padre?

—Fuera de la ciudad.

Compuse un gesto de fastidio.

—Tenía que resolver un asunto personal —agregó ella—. Dijo que no volvería hasta mañana.

—¿Me puede dar su dirección?

—No es necesario. Venga mañana al museo. Le encontrará en su puesto.

—Bueno, no es mala idea. Supongo que usted también estará allí.

—Sí, claro.

—Será un placer volverla a ver.

Hicimos una pausa que aprovechamos para apurar nuestras bebidas. Yo saqué mi cajetilla de tabaco y le ofrecí. Poco después fumábamos mientras el pianista interpretaba una pieza de Burt Bacharach.

—¿Puedo saber algo más de ese Joe Carson? —preguntó ella de

pronto, rompiendo el encanto de nuestras miradas, fija la una en la otra.

—No le puedo decir mucho más de lo que le dije antes. Joe Carson murió en un accidente de automóvil, y hay una persona que quiere que elabore un informe sobre... su forma de vida, el ambiente que le rodeaba. Para eso hay que recurrir a las personas que le conocían. Por cierto, aquí llevo una foto suya —caí entonces en la cuenta, extrayéndola de mi bolsillo—. Tal vez no le conociera por su nombre...

Se la mostré, pero ella negó enseguida.

—No lo he visto —dijo con seguridad.

—Esperemos que su padre sí lo recuerde...

—¿Cómo ha llegado hasta nosotros?

—Por esto —le mostré ahora el folleto del Museo de Pintura Holiday.

—Eso lo tiene mucha gente, casi todos los que lo visitan...

—Pero no con el teléfono del Departamento de Restauración subrayado. Curioso, ¿no?

—Algunos llaman para interesarse sobre el estado de determinadas obras.

—No lo pongo en duda, pero supongo que todos ellos son personas que viven por o para la pintura...

—Por supuesto.

—Joe Carson era estudiante de Ciencias Físicas, y por el momento no he descubierto que sintiera ninguna atracción especial por la pintura... salvo esto.

—Bueno, no quiero inmiscuirme demasiado en su trabajo. Usted lo conoce mejor que yo y sabe de qué va. ¿Nos vamos?

—Como quiera.

Llamé al camarero y pagué la cuenta. Una vez en la calle, me ofrecí a llevarla hasta su casa en coche, cosa que aceptó. Vivía en el suburbio de Hamtramck, en Winfield Street, cerca del recinto del St. Francis Hospital. Un modesto edificio de apartamentos.

—Hasta mañana —se despidió, descendiendo del coche.

—Hasta mañana —repetí yo, viéndola alejarse hacia el portal de su casa.

Cuando desapareció de mi vista, embagué y arranqué. Unas calles más adelante vi una cabina telefónica y decidí parar y

realizar unas llamadas. No tenía ganas, dada la hora que era, de efectuar visitas infructuosas. Con el teléfono bastaba. Luego buscaría un buen lugar donde cenar tranquilamente.

Apenas me fijé en el Chrysler que se detuvo tras de mí. Me introduje en la cabina, coloqué monedas y primeramente llamé a la policía.

Pregunté por el teniente Spielberg.

—¿Qué hay? —Sonó por fin su voz, bastante apagada, evidenciando el final de la jornada.

—Soy Cassidy.

—¡Oh, tú! —resopló.

—Quería saber si tenéis noticias de la maestrita. ¿Ha aparecido, han pedido rescate...?

—Precisamente se encuentra aquí.

—¿Sana y salva?

—Bueno, con alguna que otra magulladura. Se tiró del coche en marcha, logrando escaparse.

—¡Diablo! ¿Y de los fulanos?

—Tenemos sus descripciones, pero por ahora nada de nada.

—¿Se sabe qué querían?

—Al parecer eran unos sátiros, de esos que gustan llevarse chicas a lugares solitarios para...

—Entiendo.

—¿Eso es todo?

—Sí. Gracias.

—¿Y tú?

—Yo ¿qué? —Me hice el despistado.

—¿Cómo va tu asunto?

—Sigo recogiendo datos. Nada nuevo.

—Espero verte pronto con el rostro arrugado —soltó una risita—. Ya te lo dije: en este caso te vas a estrellar. Está cerrado.

CE-RRRA-DO

—Lo sé.

—Y cuando nosotros cerramos un caso es porque está suficientemente claro.

—También lo sé. Sois los chicos más listos de la ciudad. Buenas noches, Adam.

Le colgué porque me reventaba que se riera de mí. A continuación marqué el número de mi cliente.

La señora Carson tardó una eternidad en ponerse al aparato. Lo hizo cuando yo ya iba a colgar, creyendo que no se encontraba en casa.

—¿Sí?

—Señora Carson, soy Cassidy, el detective.

—¡Oh! ¿Qué me cuenta? —Su voz recobró algunas energías. Al parecer todo el mundo estaba agotado a esas horas. Y sólo eran las ocho.

—No mucho. La llamaba porque me gustaría que usted me confirmara algunas cosas.

—Dígame...

—¿Estaba su hijo interesado por la pintura?

—¿La pintura? Es la primera noticia que tengo.

—¿Nunca le oyó hablar, comentar sobre pintura?

—En absoluto. Además, si no recuerdo mal ni siquiera tiene un cuadro en su apartamento.

—Sí. Ya me fijé en ello.

—¿Por qué me lo pregunta?

Se lo expliqué, y desde el otro lado del hilo telefónico me llegó una exclamación de asombro.

—Ya lo comprobaré mañana —le dije—. Por otro lado, encontré una hoja de calendario donde estaban apuntados tres nombres. Phil Scarran, Thomas Martinson y Gene Fletcher. Supongo que le suenan.

—¡Claro! ¡Son amigos míos!

—Y de su hijo, ¿no?

—Se conocían, desde luego.

—Traté de hablar con ellos, pero los dos primeros se encuentran fuera, en viaje por Europa. El tercero, Fletcher, está aquí. Charlé con él, pero al parecer no sabía mucho. No entiendo muy bien qué relación podían tener con su hijo...

—Yo tampoco. Pero es una extraña coincidencia.

—¿Por qué?

—Todos formaban parte del grupo de viaje que marchó a Europa. Yo iba con ellos, y precisamente regresé por la muerte de mi hijo. Recibí la noticia estando en Roma. Rápidamente volé a

Detroit.

—Ya. ¿Y por qué regresó también Fletcher?

—Quiso acompañarme. Es un buen amigo.

—¿No se le ocurre qué nexo de unión puede haber entre los tres, aparte de ser amigos?

—Bueno, ya que me nombró la pintura, le diré... Los tres son grandes aficionados, coleccionan obras de gran valor...

Le di las gracias y salí de la cabina con algunas ideas danzando en mi mente. Todas se volvieron de repente locas cuando aquel mazazo me alcanzó en el mentón.

CAPÍTULO VI

Reboté violentamente contra la puerta de la cabina telefónica, sintiendo un vivísimo dolor. Me apoyé como pude para no perder el equilibrio y enfoqué mi mirada para reconocer a quien me había golpeado traidoramente.

Se trataba otra vez del gorila que me había atacado unas horas antes, llevándose a Sharon Ellis. Ahora iba acompañado en la faena por su hermano gemelo.

Los dos sonreían malévolamente.

—Amigos... —dije.

Los fulanos no me dejaron continuar. A una vinieron a por mí con sus manos convertidas en puños demoledores. La calle, poco céntrica y mal iluminada, con escaso tráfico, les protegía en cierto modo.

Intenté defenderme como mejor pude, logrando esquivar una de aquellas mazas, pero otro consiguió su propósito y me cortó la respiración. A pesar de esto, lancé mis puños, golpeando en el plexo solar a uno de ellos, quien apenas se resintió. Luego dos puñetazos casi consecutivos a punto estuvieron de sacarme el estómago por la espalda.

No tuve tiempo de quejarme. Otro puño me selló la boca y enseguida noté el acre sabor de la sangre. Me lancé como un toro ciego con la cabeza por delante, sin ver ya muy bien, y conseguí arrastrar a uno de ellos varias yardas. El tipo gritó, sorprendido. Los dos terminamos rodando por el suelo, en confuso montón. Logré con mucho esfuerzo situarme encima de él, levanté el puño derecho para incrustárselo en el rostro y entonces una manaza me agarró por la muñeca y me retorció el brazo, obligándome a dejar mi presa.

Salí nuevamente rodando por el suelo, con el otro gorila tras de mí, confundiéndome con una pelota. Me arreó un par de patadas en los costados y cuando yo quedé tendido como una res muerta, me tomó por las hombreras y me puso en pie como si fuera un pelele.

Estaba semiinconsciente y sólo pude apreciar que era un tipo muy feo. El otro ya se había levantado y venía hacia nosotros resoplando.

—¡Aguántamelo, Fred!

Yo también tuve que aguantar. El tipo se desmelenó conmigo, ensañándose. Sus puños me marcaron el rostro, casi volviéndome del revés; luego martirizaron mi bajo vientre, el hígado, el bazo... De pronto sentí unas horribles arcadas y me puse a vomitar hasta la primera papilla.

Con eso conseguí un pequeño descanso que no me sirvió para nada. Fred volvió a atraparme, ahora por los cabellos, tirando salvajemente.

—¿Cuál es tu nombre? —me preguntó.

—Paul... Cassidy...

—¡No mientas!

—Digo... la... verdad...

—Veamos —habló el otro gorila, el que me había atizado también horas antes y del que aún no sabía el nombre. Posiblemente se llamara Hijo de Perra.

El tipo en cuestión me metió mano y sacó todo cuanto llevaba en los bolsillos. A él fueron a parar, entre otras cosas, la foto de Joe Carson, el folleto del Museo de Pintura Holiday, la hojita de calendario y mi cartera.

Lo observó todo con avidez. El otro preguntó, impaciente:

—¿Qué, Burt?

Burt, mi amigo el gorila, me atizó.

—¡Es un sucio pesquisa!

—Así que un privado, ¿eh? —rezongó Fred, largándome una patada a la espalda.

Me quedé gateando por el suelo sin rumbo fijo, a la deriva, el cuerpo molido.

Fred volvió a agarrarme por los cabellos.

—Hablemos un ratito, amigo detective —dijo—. ¿Cuál es tu interés por Joe Carson?

—Eso... es... secreto pro... profesional...

—¡Me cago en tu secreto profesional! ¿Quieres que te dejemos el rostro irreconocible?

Negué con la cabeza. El me pegó un tirón para que me estuviera quieto.

—¡Habla!

Burt ya se había cansado de curiosear mis cosas y se encontraba frente a mí, con las piernas entreabiertas. Mi vista sólo llegaba hasta sus rodillas.

Con una de ellas precisamente me dio en la barbilla.

—¿No has oído a mi compañero?

—E... estoy pre... parando un... informe... sobre Joe... Carson... —me decidí a hablar. No tengo madera de héroe, de esos que mueren para que en el entierro les dediquen palabras de elogio e incluso, si hay suerte, les pongan alguna banda de honor o medalla.

—¿Por cuenta de quién?

—Su... madre...

—¿Qué le pica a la señora?

—No cree... en el... accidente de... de su hijo...

—¿Y tú?

—Tengo mis... dudas...

—Cuéntanoslas.

—Hay... cosas... raras...

—¿Cómo qué?

—Vuestra... intrusión... ¿Por... qué... raptasteis a... a Sharon... Ellis...?

—Así que eso te preocupa, ¿eh? —rió Fred—. Tendrás que seguir con esas incógnitas. Pero ahora dinos qué hablaste con ella.

—Sólo... quería saber... cosas de... de Joe Carson...

Al parecer... habían roto... una semana... antes de... de su accidente... mortal...

—¿Nada más te contó eso?

—Únicamente... Lo juro...

—¿Y qué hacías con esa chica que salió del Museo de Pintura Holiday? —me preguntó entonces Burt, tirándome a la cara el folleto.

—Es... mi novia...

—Tu novia, ¿eh?

—Lo juro también... Se llama Eve... Es mi chica... Cuando termino... el trabajo del... del día... voy a por... ella... ¿Nunca... habéis tenido... una chica...? —Los muy hijos de perra ni siquiera debían haber conocido a su madre—. Ya sabéis... cómo son... Les gusta... salir a tomar algo... y que... que las acompañen... a casa...

Burt me tomó cariñosamente por la barbilla.

—Te has portado como un buen muchacho —me dijo sonriendo. Luego le hizo una seña a su compadre. Éste tiró de mis cabellos hasta conseguir ponerme en pie. Me tambaleé, fui a caerme, pero Fred me atrapó gentilmente, sujetándome por la espalda.

Burt me agradeció la colaboración prestada metiéndome un puño en el estómago y cruzándome el rostro con el otro. Escupí un poco de sangre, pero eso no le impresionó. Me pegó más duro hasta que me desinflé como un globo pinchado.

No perdí del todo el conocimiento y así pude escuchar primero sus pasos precipitados al alejarse y después el motor del coche. Con la poca lucidez que me quedaba y mientras me encogía como un gusano sobre la acera, pensé en aquellos gorilas y la persona que debía estar tras ellos. Primero se habían ocupado de Sharon Ellis y se les había escapado. Más tarde me habían seguido a mí, al menos desde mi salida de casa de Gene Fletcher, pues conocían mi visita al museo. ¿Quién les había puesto sobre mi pista? Con lo grande que es Detroit, era imposible creer en el encuentro casual. Sólo se me ocurrían dos nombres: Gene Fletcher y Eve Arden. Deseché rápidamente a la joven porque con mi mentira, asegurándoles que era mi novia, ellos se habían quedado la mar de contentos. Por tanto, y teniendo en cuenta aquella salida a mitad de conversación, todos los números del sorteo se los adjudiqué a Gene Fletcher. Pero me hacían falta pruebas mucho más contundentes...

Tuve la suerte de que finalmente pasara por allí un coche y su conductor se fijara en la cosa que se retorció sobre la acera. El hombre se comportó muy amablemente, llevándome hasta un doctor.

* * *

Aparecí por la sala de detectives del teniente Adam Spielberg con varios parches en la cara y cojeando un poco del lado izquierdo. A aquellas horas sólo quedaban dos de guardia y el aire

era mucho más respirable.

Spielberg aún se encontraba allí, precisamente en compañía de Sharon Ellis.

—¡Eh, muchacho! —Abrió unos ojos como platos mi amigo el poli cuando me vio—. ¡Al fin te estrellaste!

—Calla, maldita sea. Coge papel que voy a presentar una denuncia.

—¿Qué diablos te ha sucedido?

—Los gorilas me dieron un masaje.

—¿Ellos? —balbuceó Sharon Ellis, quien se hallaba acomodada en una butaca y también dejaba bastante que desear, sus ropas algo rotas y sucias, con algunos evidentes hematomas en sus bonitas piernas. Su rostro había perdido buena parte de la frescura de unas horas antes.

—Así es —cabeceé.

—¿Dónde? ¿Cuándo? —preguntó atropelladamente Spielberg.

Se lo expliqué detalladamente, aunque me guardé para mí las Distas e investigaciones.

—Estaban interesados en lo que tú hablaste con ella, ¿no?

—Y querían saber qué pintabas en el asunto.

—Ajá.

—Y te golpearon para madurarte.

—Ajá.

Adam Spielberg chasqueó la lengua, comentando:

—Esto se pone muy interesante.

—¿Ya empiezas a pensar que puede haber algo raro tras la muerte de Joe Carson?

—Me fastidian esos dos gorilas. Con lo que acabas de contar, has desbaratado nuestra teoría.

—La de los sátiros, ¿no? —Sonreí sin muchas ganas.

—Claro. Con ella apenas llegaron a hablar. Nada más subirla al coche emprendieron rumbo hacia las afueras. Al parecer sus intenciones eran sobrepasarse, por lo menos el que iba atrás con ella comenzó a intentarlo durante el trayecto. Pero la joven se comportó valientemente y en un descuido abrió la portezuela y saltó, corriendo seguidamente a campo traviesa. Los tipos, al no poder perseguirla en coche, desistieron... Como verás no había ninguna evidencia de que tuvieran relación con Joe Carson.

—Bueno. Pues ahora ya la hay. ¿Has tomado nota de lo sucedido? Tengo ganas de coger la cama...

—Sí. Habrá que mecanografiarlo.

—Eso ya es cosa tuya. ¿Quiere que la lleve a su casa, señorita Ellis?

—Gracias —dijo ella.

—¡Eh! —protestó el teniente—. ¡La iba a acompañar yo!

—Tú tienes trabajo y ella no va a estar aquí esperando a que acabes. Debe estar muy cansada...

Adam Spielberg torció el gesto, fastidiado.

La joven y yo salimos del Police Department llamando la atención de todo aquel que se nos cruzaba.

—Formamos una buena pareja, ¿verdad? —comenté.

Ella rió.

Yo tenía mi coche allí, pues tras abandonar la consulta del médico, al encontrarme mucho mejor, había decidido ir a recogerlo para trasladarme con él al Police Department y no tener que molestar más a quien tan generosamente me había ayudado.

Rodamos un trecho en silencio, tras recordarme ella la dirección de su casa, y luego le pregunté:

—¿Está segura de que sólo había intención sexual en aquellos gorilas?

Era algo que me atormentaba, pues no encajaba con el asunto Carson.

—Al menos eso dejaron traslucir, tanto por sus palabras como por sus maneras. El conductor dijo que nos íbamos a divertir mucho y el otro no dejó en ningún momento de toquetearme. Precisamente en una de sus efusiones, aproveché para lanzarme. Luego deambulé por ahí hasta encontrar de nuevo el camino y asegurarme que no me seguían. Tomé un autobús, no me atreví a hacer *auto-stop*

—¿No dijeron adónde pensaban llevarla?

—No nombraron el lugar. Pero salimos de la ciudad camino de Pontiac.

—¿Y también está segura que no hablaron para nada de Joe Carson?

—Segurísima. Me hubiera llamado al instante la atención.

Apreté los labios, contrariado.

—Usted piensa que algo tienen que ver con Joe, ¿no?

—Después de lo que me ha sucedido, sí.

—Es para pensarlo, desde luego —convino.

Cuando llegamos a su casa, ella giró el rostro y me dijo si quería subir a tomar una copa.

—Creo que los dos la necesitamos —agregó.

Estuve de acuerdo y la seguí.

Una vez en su apartamento, pequeño y confortable, ella se encaminó al mueble bar y preparó rápidamente un par de combinados de esos que resucitan a un muerto.

Comencé a animarme.

—¿No ha recordado algo más de Joe Carson? —le pregunté.

—No he tenido tiempo de pensar en eso.

—Lo comprendo.

—De todas formas, creo que le dije todo. No hay más.

Apuré el vaso de un golpe, sintiendo dentro de mí un infierno que me satisfizo.

—¿Sabe si Joe era aficionado a la pintura?

—¿Pintura? —balbuceó—. Mmm... No recuerdo. ¿Por qué me pregunta eso?

—Al parecer estaba interesado por el Museo de Pintura Holiday.

Ella cabalgó una pierna sobre la otra, removiéndose en la butaca.

—Qué extraño —dijo—. Nunca fuimos allí, ni tampoco le oí hablar de él.

No tenía más remedio que esperar a mi entrevista con el padre de Eve.

Me levanté.

—Me voy.

—¿No le apetece otro trago? —ofreció ella.

—No, gracias.

—Como quiera.

Sharon Ellis se puso en pie también, aproximándose para tomar mi vaso. Sus dedos me rozaron suavemente. Luego dio media vuelta y pude observar cómo se contoneaban sus caderas mientras caminaba hacia el mueble bar.

Imantado, fui tras ella.

Cuando giró para regresar junto a mí, tras dejar los vasos, tropezó conmigo.

—¡Oh! —dijo simplemente.

Yo le alcé la barbilla y la besé dulcemente en los labios, sin ninguna oposición por su parte. Más tarde, entre el alcohol ingerido y el fuego que ella desprendía, me incendié por completo.

Primero pasamos por la ducha, jugando como dos niños, y luego, en el lecho, nuestros juegos fueron ya para adultos, revelándose la joven como una gran amante.

—Aún no me has explicado una cosa —dije mucho después, mientras compartíamos un cigarrillo tumbados en la cama, relajándonos.

—¿De qué se trata?

—Tú eres mayor que Joe Carson. Éste tenía diecinueve, tú debes tener veinticuatro...

—Buen ojo.

—¿Qué viste en él?

—Era un joven simpático, lleno de vitalidad, muy fogoso... El sexo me hierve en muchas ocasiones y me dejó arrastrar por él. Creo que ya te lo comenté; cuando vino la calma me di cuenta que las cosas no podían continuar.

—Ya.

Ella se levantó, sacudiendo su melena de largos cabellos negros como el azabache.

—¿Hacemos el sesenta y nueve?

—Supongo que eso no lo enseñarás en clase —bromeé.

—Allí hay una rígida disciplina y hay que mantener una imagen... si se quiere seguir comiendo.

—Entiendo.

Durante buena parte de la noche continuó sorprendiéndome con su desenfreno sexual.

CAPÍTULO VII

A la mañana siguiente, muy temprano, dejé a Sharon Ellis en la escuela, rodeada de niños y niñas, que la esperaban a la entrada. La observé durante irnos segundos, antes de alejarme, y me dije que se transformaba totalmente. Ya no me recordaba para nada a la mujer de unas horas antes en la cama.

Me dirigí al Museo de Pintura Holiday con el fin de poder hablar con el padre de Eve. Esperaba tener suerte y encontrar al fin algo consistente.

De nuevo pasé por taquilla y el vigilante que me había invitado a abandonar el museo me miró con extrañeza.

—Ayer no tuve tiempo de verlo todo —le comenté al pasar por su lado.

Cuando llegué al Departamento de Restauración, encontré a una Eve muy preocupada.

—Mi padre no ha venido.

Lo había sentido al entrar y verla sola.

—¿Ha hablado con él?

Ella abandonó los pinceles pesadamente y negó con la cabeza, para luego agregar:

—Le he telefoneado, pero nada, no contesta.

—¿Está segura de que venía hoy?

—Claro. Sólo pidió permiso para un día. Me comentó que tenía previsto regresar de madrugada. Por eso le telefoneé antes de salir de casa para venir aquí. No contestó. Pensé entonces que se habría retrasado y que aparecería directamente por el museo. Pero ya ve...

—Mmm... —reflexioné para luego decir—: ¿Por qué no me da la dirección? Iré a echar un vistazo, tal vez algún vecino sepa algo...

—Le acompañaré.

—¿Va a dejar esto?

—Mi padre es más importante. Espere. Hablaré con el director. Es una buena persona y no creo que me ponga inconvenientes.

No los puso. Poco después subíamos a mi coche y nos alejábamos del museo.

El padre de Eve —el cual respondía al nombre de Patrick Arden — vivía en el suburbio de Oak Park, ya en el condado de Oakland, así que salimos a la 12th Street y ascendimos hacia Highland Park.

Apenas cruzamos palabras durante el trayecto; la joven tenía el semblante visiblemente desasosegado. Yo tampoco dejaba de pensar en el asunto. Tal vez por eso no me fijara bien en el coche que se había detenido junto a nosotros, en el semáforo de Oakman Boulevard.

Cuando miré, los gorilas, mis simpáticos amigos, ya habían brotado del automóvil y venían hacia nosotros, uno por cada lado y no precisamente con la intención de desearnos los buenos días.

Al parecer, los muy malditos no pensaban dejarme en paz ni un momento de mi vida.

—¿Qué sucede? —exclamó Eve, alarmada.

La portezuela de su lado ya había sido abierta y el gorila Fred tiraba de ella bruscamente.

Yo tuve que ocuparme del otro. Burt venía a por mí, y no fue necesario que se molestara en abrir porque lo hice yo. Se llevó un buen trompazo, saliendo trastabillando y escupiendo maldiciones obscenas.

Fui tras él furioso, escuchando los gritos desesperados de Eve mientras era arrastrada por Fred. Le golpeé en el bajo vientre, pero apenas se resintió. Su contraataque fue feroz y fulminante. Salí despedido como un obús contra mi coche y allí me quedé medio atontado, viendo lucecitas y oyendo campanitas.

—¡Burt! —Ladró su compinche.

El aludido comprendió que no podía entretenerse más conmigo dándome toda la lección de masaje, pues venían otros coches y el semáforo había cambiado. Era llamar en exceso la atención. Al parecer se conformaban con llevarse a Eve, y de mí solo pretendían dejarme noqueado para que no les incordiara... como la ocasión que se llevaron a Sharon Ellis.

Burt subió al auto y partieron velozmente, mientras yo trataba

de recobrarme, y los pocos testigos daban voces de alarma. Todos chillaban, pero nadie hacía nada. Es lo que suele suceder en casos similares. Al final, cuando alguien se decide a hacer algo, el herido ya se ha desangrado.

Lo mío no era para tanto. Hice de tripas corazón y al momento salí tras ellos, con la vista todavía algo nublada y sintiendo unos horribles pinchazos en la cabeza. El gorila Burt pegaba fuerte.

Siguieron por Oakman Boulevard, cruzando Dexter primero y después Livernois, sin respetar a un peatón ni a un semáforo, adelantando coches como si aquello fuera una pista de carreras. Yo les imité para no perderlos de vista, cada vez apretando más el acelerador, esquivando suicidamente autos y personas, haciendo sonar casi ininterrumpidamente el claxon.

Pero nadie se atrevió a detenerlos ni apareció un coche policial.

De pronto viraron a la derecha, por West Davison. Yo tomé la curva sobre dos ruedas, produciendo un terrible chirrido. Algunos viandantes me dedicaron improperios, otros conductores tocaron sus bocinas en señal de protesta o sacaron una mano poniéndome cuernos.

La loca persecución por las calles de Detroit continuaba, pero duró bien poco.

Después de cruzar Wyoming Street, los gorilas intentaron despistarme girando nuevamente a la derecha, por Pinehurst, y entonces tuvieron la desgracia —suerte para mí— de que un camión de mudanzas estuviera descargando casi en mitad de la calzada.

Quisieron rectificar se subieron por una de las aceras, pero ya con el control perdido estrellaron el morro contra un escaparate de artículos fotográficos.

El impacto fue de consideración, pero a pesar de ello los gorilas salieron indemnes. Al menos eso me pareció al verlos correr como galgos, huyendo del lugar del accidente.

Yo salí de mi coche y me puse a correr, mientras la gente chillaba un poco histéricamente. Los de las mudanzas se quedaron perplejos, con una enorme cómoda en el aire.

Decidí preocuparme por Eve y dejar escapar a los gorilas. De todas formas, un enfrentamiento con ellos sólo podía acarrearme disgustos. No soy detective de pistola, como ya habrán podido apreciar. Tampoco tengo muchas dotes pugilísticas. Soy un tío más,

que ha escogido la profesión de investigador privado para ganarse los garbanzos.

Eve Arden se encontraba en el asiento trasero, semiinconsciente, balbuceando incoherencias. La tranquilicé y reconforté como pude, mientras una multitud de curiosos se agolpaba a nuestro alrededor.

—Oh... señor Cassidy... ¿Qué ha... sucedido...?

—¿Está ya mejor? —pregunté cuándo pareció reconocermé y decir algo con sentido. La había estado observando entretanto, sin encontrarle ninguna herida de consideración.

La gente hacía preguntas, pero yo no contesté ninguna. El dueño del comercio quise mi nombre y yo le repliqué que no tenía nada que ver con el accidente; simplemente me limitaba a socorrer a la muchacha. La tomé en brazos y la trasladé hasta mi coche.

Antes de que aparecieran por allí los policías, me alejé sin encontrar oposición. Eve Arden, sentada en el asiento contiguo al mío, ya parecía completamente consciente.

—No... no entiendo... —tartajeó.

—¡Je! ¡Dígamelo a mí!

—¿Para qué me querían? —preguntó pasándose una mano por la frente.

—No lo sé. Esos tipos me preocupan. Primero fue Sharon Ellis, luego yo, ahora usted...

—Sharon Ellis, usted... ¿qué significa? ¿Quién es esa mujer?

Mientras conducía, se lo expliqué, poniéndola más o menos al corriente de lo que llevaba entre manos.

—¿Por eso tiene ese par de parches en el rostro?

—Sí.

—Creí que sería alguna afección de la piel... por eso no le dije nada.

Sonreí.

—¿Y qué puede tener que ver mi padre con todo esto?

—No lo sé, señorita Arden. Todavía me falta encontrar algo para comenzar a ver las cosas un poco claras.

—¿Piensa que mi padre le puede dar esa clave?

—Tal vez.

—Yo, desde luego, no sé nada.

—Por eso me extraña que la hayan raptado. Igual hicieron con Sharon Ellis. Parece como si esos tipos no estuvieran bien

informados. Yo diría que actúan a la desesperada... ¿No llegaron a comentarle o preguntarle algo de interés?

—No. Todo el rato estuve forcejeando con el que iba conmigo detrás.

—Ya veremos cómo termina todo esto...

Por Coolidge Street entramos en Oak Park. El padre de Eve vivía más arriba de 9 Mile Road, en una sencilla urbanización de *bungalows*.

Ocupaba el número treinta y dos. Primeramente tocamos el timbre, pero nadie acudió a abrir. Eve apretó los labios, contrariada.

—Si lleva llave me gustaría echar un vistazo al interior, antes de que preguntemos a los vecinos si le han oído llegar esta madrugada pasada.

Ella aceptó mi propuesta y abrió la puerta del *bungalow* con su llave. Se adelantó a mí, entrando en primer lugar. De repente, profirió un grito.

Yo miré por encima de su hombro y vi el cuerpo del hombre apuñalado.

CAPÍTULO VIII

Eve Arden ya no pudo aguantar otra emoción, menos de tal calibre.

—¡Padre! —gimió, y se vino abajo.

Tuve el tiempo justo para evitar que se golpeará, trasladándola seguidamente hasta una de las butacas. Luego me aproximé al muerto.

Era un hombre de cuarenta y ocho años, de pelo entrecano y cierta esbeltez todavía. Su rostro guardaba algún parecido con el de la joven. El jersey blanco con el que se cubría el torso aparecía casi todo él manchado de sangre reseca, presentando las claras marcas de un cuchillo o navaja. Desde luego, nada se podía hacer por él.

Eché una mirada en derredor, observando la espaciosa sala. Luego revisé las otras piezas del *bungalow*. Todo había sido revuelto, registrado. Papeles, pinturas, ropas... yacían por el suelo sin orden ni concierto. Casi todos los cajones habían sido saqueados. Daba la impresión de que el asesino o los asesinos habían matado para robar.

Pero para mí solo era eso: una impresión. Realmente pensaba en algo más. Ahora, definitivamente, se había cruzado un asesinato en el asunto de Joe Carson.

Estuve husmeando por todo el *bungalow* sin ningún resultado positivo, mientras Eve se recuperaba de su desmayo. Finalmente llamé por teléfono a la policía.

Adam Spielberg apareció por allí al momento, como si hubiera venido impulsado por un cohete. Yo trataba de consolar a la llorosa Eve.

—Pero ¿qué es esto? —bramó el teniente.

—Ya lo ves: un cadáver.

Mientras sus muchachos comenzaban a danzar de un lado a otro,

yo le expliqué pacientemente lo poco que sabía.

—Creo que todo esto lleva a reconsiderar el caso cerrado de Joe Carson —finalicé diciendo—. Algo raro ocurre con él.

—¿Por qué?

—¿Qué piensas?; ¿que no tiene nada que ver?

—Lo sabremos cuando investiguemos sobre el muerto. Por ahora no hay prueba alguna que demuestre que Joe Carson y él se conocían.

—Desde luego. Los muertos no hablan.

Adam Spielberg se acercó a la desconsolada Eve.

—Esto es muy lamentable, señorita Arden. Tenga por seguro que haremos por averiguarlo que realmente sucedió.

Ella asintió, todavía con lágrimas en los ojos.

Uno de los detectives acudió junto a nosotros, facilitando un informe preliminar.

—Esto tiene todo el aspecto de un robo, teniente. No hay un solo dólar u objeto de valor en el *bungalow*.

Más tarde vino otro y dijo:

—Tengo un testigo ahí fuera. Es un jubilado que vive dos *bungalows* más arriba. Gusta de levantarse pronto y ponerse a regar. Dice que vio salir de aquí a un joven de aspecto desgarrado, melenudo, con poblada barba, que le inspiró poca confianza. Con todas las trazas de uno de esos *hippies* gamberros...

—¡Ése puede ser nuestro asesino! —exclamó el teniente Adam Spielberg.

—Pero no pensarás que se trata de un acto aislado, solitario... —objeté yo.

—Nada demuestra lo contrario. Estoy harto de asuntos por el estilo. Chicos que necesitan dinero para continuar drogándose y entran en el primer sitio con el propósito de robar. Esta vez le pescó el dueño, sacó la navaja y...

Di un manotazo al aire, fastidiado. Adam Spielberg, con una sonrisita, se alejó en compañía de sus detectives para continuar con sus pesquisas.

—¿Qué piensa, señor Cassidy?

—¿Por qué no me tutea, Eve? Creo que podemos colaborar juntos.

—¿Cómo? ¿A qué se... te refieres...?

—La policía pierde mucho tiempo con los preliminares, rellenando papeles y tomando datos, interrogando, esperando informes... Tú y yo podemos ir por delante. Además, tengo otras ideas.

—¿Cuáles?

—Supongo que tú conocías la vida de tu padre.

—Algo.

—¿Cuánto es ese algo?

—Pues... algo —se encogió de hombros—. Ten en cuenta que no vivíamos juntos, aunque nos veíamos casi todos los días por el trabajo.

—Ya.

—Mi padre llevaba una vida muy dedicada a su trabajo. El pintaba también por su cuenta. ¿No has visto muchos de los cuadros que hay aquí?

—Sí. ¿Y qué hay de sus amistades?

—No muchas. Al menos las íntimas.

—Entonces podemos empezar por ellas.

—Bien.

—A menos que tú tengas otra idea.

—¿Qué quieres decir?

—¿Tienes alguna sospecha, algún indicio...?

—En absoluto. No me esperaba una cosa así. ¿Crees que tiene que ver con el caso de ese chico, Joe Carson?

—A lo mejor.

—Está bien. Se puede empezar por Sidney Jasper.

Es otro pintor, buen amigo de papá. Tiene montado un estudio para noveles, que él mismo dirige.

—¡Vamos!

—Pero... —Miró apenadamente hacia el cadáver de su padre, cuyo contorno acababa de ser pintado en el suelo con una tiza. El fotógrafo oficial tiró unas placas.

—Ya nada se puede hacer por él —dijo fríamente—. Todo seguirá su curso establecido, no has de preocuparte.

La saqué del *bungalow* un poco indecisa. Adam Spielberg estaba hablando con el testigo, el señor jubilado. Le hice una señal de despedida con la mano.

—¡Oye...!

—¡Ya iremos por tu despacho!

Subimos a mi coche y nos marchamos de allí... Miré de reojo a Eve. Se enjugaba disimuladamente unas lágrimas.

—El estudio de Sidney Jasper se encuentra en Winslow Street, cerca del Olympia Stadium —me dijo al momento sin que yo le preguntara.

No abrió la boca para más y yo respeté su silencio y su dolor. La mañana, realmente, no estaba resultando nada atractiva para la joven.

Dejamos el coche en un *parking* cercano al estadio y llegamos andando al edificio donde se encontraba el estudio de pintura de Sidney Jasper, ocupando buena parte de la planta tercera.

El amigo de Patrick Arden era un hombre con medio siglo de existencia, calvo, de ojillos ratoniles y un aspecto muy cuidado. Su piel poseía un bronceado perfecto, cosa rara en un lugar como Detroit.

—¿Patrick muerto? —exclamó sorprendido, dejando caer las manos flácidamente. Algunos de los que estaban allí pintando nos miraron, un poco alertados por el casi grito de su maestro.

—Así es —confirmó Eve, mordiéndose el labio inferior.

—Venid, venid —nos invitó a pasar a una habitación contigua, un pequeño despacho. Allí nos acomodamos mientras él encajaba la noticia.

—¿Qué sabe usted? —pregunté yo.

—No sé nada —meneó la cabeza de un lado a otro—. Abrí anteayer el estudio. He estado quince días de vacaciones en Miami Beach.

—Ya. ¿Tenía algún problema... algún enemigo...?

—No, que yo sepa. Es algo... espantoso.

—Sospecho que tal vez pueda estar relacionado con el accidente que sufrió un joven no hace mucho.

—¿Un joven?

—Sí. Un chico llamado Joe Carson. ¿Ha oído hablar de él, señor Jasper?

—No.

—Ésta es su foto.

Se la mostré y siguió negando. Parecía muy afectado por la noticia del asesinato del amigo.

—¿No tienes ninguna idea de lo que ha podido pasar? —le preguntó Eve.

El hizo una mueca, vacilando unos instantes.

—Bueno...

Dudó otros segundos. Observé que miraba fijamente a la muchacha y luego a mí con largueza, como queriendo decirme algo.

—Creo que me he olvidado los lentes ahí fuera, Eve —dijo.

—Oh, no, Sid. Eso es muy burdo. Me he dado cuenta. No soy tonta ni tampoco una niña. Di lo que sepas delante de mí. Quiero saberlo. Tengo derecho, ¿no?

—Desde luego —asintió el hombre—. Pero la cosa es... especialmente delicada.

—¿De qué se trata?

—Verás... Tu padre... tu padre mantenía relaciones masculinas... íntimas... ¿Me... me entiendes...?

—¡Sid! —exclamó ella Y yo tuve que detenerla porque iba a lanzarse como una loba sobre él.

—Perdóname, Eve. Tú me has preguntado.

—¡Eso que estás diciendo es falso!

—Es la verdad. Lo digo porque este señor es detective y deseo que se esclarezca la muerte de Pat.

—¡Dame una prueba o te juro que no vuelvo a hablarte!

—Posiblemente ya no me vuelvas a hablar —dijo él, dándonos la espalda para mirar por el ventanal.

—¡Una prueba, Sid! —chilló ella, todavía entre mis brazos.

—Yo era uno de sus... amigos.

Las palabras sonaron como un cañonazo.

—¡Sid! —gimió ella, rompiendo a llorar, cambiando totalmente su postura.

—Ésa es la verdad, Eve. Hasta hace poco formábamos un bien avenida grupo, él, Slim, Buck, yo...

—¿Y? —pregunté, soltando a la joven que se derrumbó como un peso muerto sobre la butaca de la que había saltado momentos antes.

—De un tiempo a esta parte, cambió.

—¿Qué quiere decir?

—Nos abandonó. No acudía con frecuencia a nuestras reuniones, tampoco iba a nuestras excursiones...

—¿Por qué? ¿Lo sabe?

Sidney Jasper continuaba con el rostro pegado al ventanal del despacho.

—Le... le dio por los jovencitos.

—¿Quiere decir que iba con chicos?

—En efecto. Varios le vieron con esas compañías... que además no eran muy recomendables.

—¿Por qué?

—Frecuentaba los barrios bajos de la ciudad. Allí conseguía sus amistades, muchachos drogadictos, sucios, degenerados... que sólo buscaban su dinero. ¡Nos dejó por eso! ¡Y mire lo que le ha sucedido!

—¿No conoce a alguna de esas amistades de estos últimos tiempos?

—No. A alguno lo vi de pasada, ni siquiera sabría decirle cómo era. De todas formas, puede encontrar su pista. Vaya al Pocket Bar, es un tugurio de baja estofa al que solía acudir. En alguna ocasión me invitó a acompañarle, pero me negué en redondo. He oído del lugar. Un antro de la peor especie, todos degenerados. Tal vez se metiera en algún feo asunto de los barrios bajos. Señor Cassidy — giró para encararme—, ¿hará por descubrir a su asesino?

Pude observar que las lágrimas recorrían sus mejillas. Me estremecí.

CAPÍTULO IX

El Pocket Bar era, efectivamente, un tugurio enrarecido lleno de gente de toda laya, ninguna recomendable. Había prostitutas, maricas, transexuales y chulos, una extraña mezcolanza de difícil conjunción, toda ella envuelta por un ambiente enrarecido.

En un minúsculo escenario del fondo, sobre un amplio lecho iluminado por luces verdes, rojas y amarillas, una pareja desnuda iniciaba una serie de números del Kamasutra, sin mucha expectación por parte de la clientela.

Aquéel parecía un local de «ligue», para que cada cual encontrara lo que buscase.

Dar con alguien que conociera a Patrick Arden no fue del todo fácil, pues tuvimos que soportar más de una proposición deshonesta, por decirlo de una forma fina. Eve era la más violenta, con ganas de echar a correr y salir rápidamente de aquel estercolero.

Un tipo alto, con pañuelo de seda al cuello y fumando en boquilla de plata, poseedor de un aspecto innegable de chulo, nos dijo:

—Oh, sí, le conozco. Le he conseguido algunos amiguitos... ¿Qué queréis?

—Lo andamos buscando —respondí. Pensé que era la mejor forma de hallar datos.

—Ajá —cabeceó, mirándonos de forma especuladora—. ¿Sabéis que sois dos buenos ejemplares? Conmigo ganaríais pasta larga. Os puedo proporcionar clientes de categoría.

—Amigo, estás equivocado. Sólo buscamos a Patrick Arden. Nada más.

Le había pedido a Eve que no interviniera, que me dejara llevar

el peso de las conversaciones y que por supuesto no confesara ser hija de Patrick Arden. Ella estuvo de acuerdo, porque además apenas tenía ganas de hablar.

—Una lástima —chasqueó la lengua.

—¿Qué sabes de él?

—¿Acaso ha desaparecido?

—Algo así.

—Hummm... Yo hace tiempo que no le veo...

—¿Nos podrías indicar alguna de sus amistades íntimas de este lugar? Tal vez esa persona sepa algo de él.

—Pues... —desparramó la mirada por su alrededor, fumando displicentemente—. No sé si estará por aquí Freddy... o esa puta loca de Nancy...

—¿Quiénes son?

—Freddy es un chico con mucho gancho, muy unido a Patrick Arden, y la Nancy una espléndida rubia más puta que las gallinas. Muchas veces la he visto en compañía de Patrick Arden, tomando unas copas mientras esperaban a sus respectivas amistades. Pero no la veo por aquí. Claro, es demasiado pronto. Hasta la noche no suele aparecer. Freddy... Sí, allí está. Aquél... —nos lo señaló.

Freddy era un muchacho de veinte años a lo sumo, de cabellos rubios, ojos azules muy claros y rostro muy fino y terso. Vestía ropas de *sport*.

—Sí, le conozco —admitió al momento, observándonos con curiosidad—. ¿Amigos suyos?

—En efecto. Soy pintor, compañero de trabajo. Ella es una modelo mía.

Nos encontrábamos junto a una mesita, al otro lado de donde se representaban los números del Kamasutra. Freddy paladeaba una bebida que desprendía olor a menta.

—Me gustaría saber de él —agregué—. Últimamente no tengo noticias tuyas, ni siquiera ha ido por su lugar habitual de trabajo.

—Hum. Extraño —comentó, pellizcándose la barbilla—. La verdad es que yo hace unos días que tampoco le veo.

—Ya.

—E igual me sucede con Gary.

—¿Cómo?

—Que a Gary tampoco le veo.

—Pero ¿quién es Gary?

—¿No le conoce?

—No, no. Precisamente lo que ando buscando es gente que me pueda dar noticias de él.

—Me refería a Gary Mills. Un amigo por el que últimamente sentía especial predilección.

—Ah.

—Tal vez les haya dado fuerte y se encuentren juntos, sin salir al mundo.

—Es posible —asentí, meditando. Tuve una sospecha y saqué la foto de Joe Carson—. ¿Acaso puede ser éste?

—No, en absoluto —negó al momento—. Gary tiene una larga melena negra, y también una poblada barba, eso sí, muy bien recortada y cuidada. Sus ojos son claros. Y además no tiene esa sonrisa de fanfarrón. Es mucho más elegante, más fino, más guapo. No sé si me entiende.

—Creo que sí.

—Este posee aspecto de hijo de papá. Gary siente la cosa. Le conozco desde hace algunos años, cuando comenzábamos por este barrio. Gary era el favorito de un fulano con muchas influencias. Así subió.

—¿Y dónde podemos localizar a ese Gary Mills?

—Ya le ha dicho que no sé de él. Su lugar habitual de reunión es éste, pero por aquí no ha aparecido desde hace días... Le he telefoneado varias veces y nadie contestó. Precisamente anoche estuve en su casa, pues tengo llave, y no encontré nada significativo. Todo estaba en su sitio, no daba la impresión de que se hubiera marchado de viaje.

—¿Entonces...?

—Bueno, si es tan urgente...

—Lo es —afirmé categórico.

—No les gustará que les molesten. Yo he pensado en la buhardilla, pero no he ido por allí porque sé cómo se pone el viejo si se aparece sin avisar y se le interrumpe...

—¿A qué buhardilla te refieres? —pregunté, mientras Eve tomaba una de mis manos y la apretaba.

—A la del 415 de Kiplings Street, no muy lejos de donde vive habitualmente el viejo Arden. Es un edificio casi abandonado. El

viejo lo tiene como una especie de estudio. Allí se suele refugiar los fines de semana, cuando quiere hacer un trabajo a lo grande... y también cuando quiere estar a solas con uno de nosotros.

—Comprendo. Otra cosa, Freddy.

—¿Sí?

—Patrick me tiene un poco preocupado últimamente, ¿sabes? ¿Acaso estaba metido en algún asunto feo?

—Que yo sepa, no. Las cosas parecían marcharle muy bien. Según me comentó la última vez, tenía mucho trabajo e iba a ganar dinero en abundancia.

—¿Nada más?

—No sé más —apuró el contenido del vaso, chasqueando seguidamente la lengua, con placer—. A no ser que quiera que le cuente nuestras intimidades. Hay gente que disfruta escuchando estas cosas... Me han llegado a pagar, y bien, por relatos de este tipo.

Eve se puso en pie violentamente, derribando la silla en la que se hallaba sentada.

—Bien. Creo que eso es todo —dije—. Gracias.

—Denle recuerdos al viejo.

Cuando salimos del Pocket Bar, la joven se abrazó llorosa a mí. Yo traté de tranquilizarla y convencerla de que todo aquello tenía que seguir adelante, por muy duro que fuera, para el total esclarecimiento de los hechos.

—Sí, Paul. Tienes razón —admitió al rato—. Soy una tonta.

La tomé por la barbilla.

—Eres una chica sencilla y hermosa —rectifiqué sus palabras, dándole un beso en los labios.

El encantador momento se vio roto súbitamente por la aparición de dos jóvenes armados con navajas, que se abalanzaron sobre nosotros decididamente.

CAPÍTULO X

—¡Paul! —gritó Eve, asustada.

No hacía falta ese aviso. Ya los había visto. Eran un par de muchachos de no más de veinte años, los cuales parecían haber sido cortados por el mismo patrón: membrudos, de lacias melenas, con rostros demacrados, arruinados por la droga, y vestidos con andrajosas ropas vaqueras. Lo más limpio de sus personas era precisamente la navaja de resorte que cada uno empuñaba con firmeza.

Sabían lo que se hacían porque los muy malditos habían esperado a que llegáramos al sucio callejón que nos debía conducir al lugar donde habíamos dejado el coche. Era un callejón solitario, y ellos nos cerraban el paso.

Eve se colocó detrás de mí. Uno de ellos me lanzó un viaje con la intención de marcarme el rostro para siempre. El otro me atacó por el costado derecho.

Finté como mejor pude, Eve retrocediendo hasta la pared más cercana. Ellos sonreían, seguros de su triunfo. No parecían tener mucha prisa. Me estudiaban detenidamente, blandiendo sus navajas, buscando el momento decisivo para atravesarme con ellas y dejarme como al padre de Eve.

—¡Ahora! —gritó el narigudo. El otro destacaba más por su boca ancha.

Se lanzaron a una sobre mí. Una navaja me rasgó la chaqueta peligrosamente. Fui rápido y pude atrapar por el brazo al joven, impulsándolo contra el otro que ya iba a perforarme el hígado.

Sonó un grito espeluznante.

—¡Sam! —exclamó el de la boca ancha.

El narigudo Sam se quedó muy quieto, tras soltar su navaja, y se

llevó las manos al estómago. Quiso balbucear algo y sólo consiguió arrojar una bocanada de sangre, que provocó un chillido de Eve. Luego se fue derrumbando lentamente, mientras un silencio dramático nos envolvía.

De pronto, su compañero rugió una obscenidad, preso de la ira, contemplando cómo chorreaba sangre su navaja, que temblaba en la mano.

Vino a por mí, alocado, rabioso, casi echando espumarajos por la boca.

Su diestra armada trazó unos extraños arabescos, buscando sorprenderme. Tuve que ir de un lado a otro, ágilmente, para evitar las acometidas de aquella hoja que me salpicaba gotitas de sangre.

—¿Por qué haces esto? —le pregunté—. ¡Tú y yo no nos conocemos!

—¡Le voy a matar! —barbotó.

Moví mi pierna derecha y conseguí propinarle una perfecta patada en el brazo armado. La navaja voló por los aires. Aulló y se proyectó de cabeza contra mí, arrastrándome hasta la pared más cercana, contra la que me estrelló, consiguiendo cortarme el resuello por unos instantes.

Saqué fuerzas de flaqueza y le golpeé en los flancos. Aflojó, y entonces le coloqué un gancho en el mentón que lo separó definitivamente de mí.

No se dio por vencido. Buscó afanosamente su navaja, como un perro rabioso.

Mi pie llegó al arma blanca una décima de segundo antes que su mano. La navaja se alejó de él gracias a una patada. Luego mi pie se vio cogido por el muchacho, perdí el equilibrio y caí. Él se abalanzó sobre mí y rodamos unas yardas por el suelo. Tuve la suerte de quedar encima de él. Mi puño derecho se movió veloz, un par de veces, consiguiendo reventarle una ceja. La sangre, que le cegó, también le asustó. Eso fue suficiente para que yo lograra dominarlo, atrapándole fieramente por el cuello, hasta sentir sus gorgoteos al ahogarse.

—¿Me escuchas, maldito? —farfullé.

Dijo algo ininteligible.

—Supongo que no nos habéis asaltado por el dinero que pudiéramos llevar encima, ¿verdad?

De nuevo pronunció ruidos poco claros.

—¿Quién os ha pagado por esto?

Entonces aflojé para que pudiera contestarme como las personas.

—Yo no... sé...

Una vez más le hice la presa.

—Creía que habías entendido, maldito. ¿Acaso quieres que te rompa el cuello?

Intentó mover la cabeza en sentido negativo y nuevamente le di libertad para hablar.

—No... no le conocíamos... Era un tipo moreno, melenudo, de barba recortada... Nos dio a Sam y a mí quinientos dólares por pincharle. ¡No sé más!

—Me lo creo.

Le apreté más hasta hacerle perder el conocimiento. Luego lo dejé allí tirado. Ya se ocuparían de ellos los polis. Desde luego, por el otro poco podrían hacer. Estaba muerto a causa del navajazo recibido en el estómago.

—¡Vámonos! —Tomé de la mano a Eve, alejándonos de allí corriendo.

Hasta que no alcanzamos el coche no respiramos aliviados. Mientras le daba al encendido, ella comentó:

—Era ése... Gary Mills, quien los contrató...

—Sí. La descripción coincide.

—También con la del joven que huyó de casa de mi padre, el posible asesino.

Lo sabía. Todo eso lo sabía, pero no alcanzaba aún a comprender el significado.

—¿Por qué, si era su amigo?

—Creo que debían estar metidos en algún sucio negocio —opiné—. Por eso ese tipo se oculta, actúa en la sombra. No debe sentirse muy seguro.

—¿Crees que fue el que contrató también a los gorilas?

—Me temo que no. Aquéllos sólo buscaban saber cosas; en cambio, ahora...

—¿Y qué tiene todo esto que ver con Joe Carson?

—Aún no lo sé, Eve. Sería fundamental encontrar a ese Gary Mills. Pero primero vamos a esa buhardilla que nos ha indicado el tal Freddy. Tal vez allí encontremos algo de interés que aclare un

poco el embrollo.

Arranqué.

—¿Y cómo ha sabido de nosotros ese Gary Mills? —siguió preguntando ella.

Me encogí de hombros. Luego dije:

—Posiblemente se encontrara en el Pocket Bar de incógnito y nos viera husmear. Pero no lo creo, ese Freddy parecía conocerle bien, le habría visto...

—¿Tal vez Freddy...?

—Imposible. No tuvo tiempo de avisarle.

Eve calló, y el resto del trayecto lo hicimos en silencio, cada uno con sus propios pensamientos.

El edificio en cuestión era, ciertamente, una ruina semiabandonada. No encontramos a nadie en la entrada y subimos por unas escaleras que a cada paso prometían derrumbarse. Al llegar a la buhardilla, no tuve ninguna consideración. Tiré la puerta de un patadón.

Eve encontró antes que yo, el interruptor de la luz, pues apenas se filtraba claridad del día. El interior presentaba un aspecto bastante mísero. Había una cama de sábanas revueltas en un rincón, una mesa camilla en el centro, acompañada de dos sillas, y el resto eran cuadros y útiles de pintura, desparramados anárquicamente por la pieza.

Por más que revolvimos, no encontramos nada significativo. Finalmente nos quedamos contemplando los dos cuadros de mayor calidad. Uno representaba a un niño desnudo, bellísimo, de cara angelical. El otro era un maravilloso paisaje que hizo exclamar a Eve:

—¡Oh, es un Renoir!

Pero luego lo miró bien y rectificó:

—No. Es una copia.

Yo también lo observaba fijamente.

—He visto este cuadro en otro lugar —dije roncamente.

—¿Dónde? —me preguntó ella, interesada.

—En casa de Gene Fletcher.

CAPÍTULO XI

Nos abrió la puerta la misma doncella de cara caballuna del día anterior.

—Lo siento. El señor Fletcher no está.

Hice un gesto de contrariedad.

—¿Cuándo salió?

—Hace un rato.

—¿Volverá pronto?

—No lo sé. No lo dijo.

—Está bien. Pasaremos y le esperaremos.

La doncella vaciló, sin apartarse del hueco de entrada.

—Por favor... —rogué.

—De acuerdo; pasen —se decidió.

Nos condujo hasta una salita de espera, invitándonos a tomar asiento. Luego se retiró.

—Aquí no está el cuadro —observó Eve al tiempo que aceptaba el cigarrillo que le ofrecía.

—Lo sé. Está en su despacho.

—¿Sabes dónde se encuentra?

Encendimos los pitillos.

—Creo que sí. Al otro lado de esas puertas corredizas.

—Entonces, ¿a qué esperamos? —Se puso en pie, decidida—. Estoy deseosa de conocer la verdad.

Yo me encontraba tan impaciente como ella. Me aproximé a las puertas y las abrí lo más sigilosamente posible. No me había equivocado. Allí estaba el despacho de Fletcher. Eve y yo entramos en él con cierta precaución.

—¡Ahí está! —señalé.

Eve se acercó con ojos brillantes, estudiándolo al detalle. Yo me

fijé en la puerta de enfrente, por la que el día anterior había aparecido Gene Fletcher. Creí escuchar pasos que se alejaban. Miré hacia abajo y vi una franja de luz. Luego, al instante siguiente, se apagó.

—¿Qué dices? —le pregunté a la muchacha, mientras pensaba en lo que había observado.

—No es el auténtico.

—¿Otra copia? ¡No puede ser!

—Lo es. Y además peor que la de la buhardilla.

—¡Asombroso!

—Y me duele decirlo —se mordió ella el labio inferior, encarándome—. Por alguna de las formas y mezclas de colores, yo juraría que esto lo ha pintado mi padre.

—Mmm...

—¿Tú lo entiendes?

—¿Cambiar una copia por otra? ¿Por qué? No, no lo entiendo.

Caminé hacia la puerta que me preocupaba y la abrí de repente. Todo oscuridad. Tanteé la pared hasta dar con el interruptor de la luz.

Cuando ésta iluminó el antedespacho, vi perfectamente a la viuda Carson sentada en una butaca.

* * *

—¡Oh! —exclamó, respingando. Todo su rostro empalideció al momento.

—Buenas tardes, señora Carson —la saludé inclinando levemente la cabeza—. Curioso encuentro, ¿eh?

Por detrás de mí apareció Eve.

—¿Ella es tu cliente?

—Sí.

—Diablo, no comprendo nada.

—Yo empiezo a ver claras algunas cosas. Puede volver a sentarse, señora Carson. Hemos de hablar largamente, ¿no le parece?

—Sí... —murmuró.

Apagué el cigarrillo en el cenicero más cercano, permaneciendo de pie.

—Vayamos al grano, señora Carson. ¿Qué sabe del asunto de los

cuadros?

—No sé de qué me habla.

—¿De verdad? Usted me ha estado ocultando algunas cosas, señora Carson.

—Sólo las personales —puntualizó.

—¿Seguro?

—Seguro. ¿Para qué le contraté entonces? ¿Para engañarle y tenerle divertido por ahí dando vueltas?

—Eso me digo yo.

—Tenga en cuenta que no le hablé de mi relación con Gene porque eso sólo nos atañe a los dos. En ningún momento pensé que eso pudiera tener relación con el asunto de mi hijo. ¿Por qué ha venido aquí?

—Por el Renoir del despacho.

—¿El Renoir? ¿Qué pasa con él?

—Es sólo una copia.

—¿Qué? —volvió a sorprenderse, y a mí me pareció totalmente sincera.

—Se lo explicaré, ya que al fin y al cabo es usted mi cliente, la persona que me paga.

Rápidamente le detallé los últimos acontecimientos. Ella escuchó con mucha atención, sorprendiéndose con ciertos parajes del relato.

—¿Y cuál es su conclusión? —me preguntó cuándo finalicé la exposición de los hechos.

—Primero me gustaría saber dónde está Fletcher.

—Salió con urgencia a resolver un asunto.

—¿Se lo dijo?

Calló.

—O juega limpio, o no nos entenderemos, señora Carson. ¿De verdad quiere saber lo que ocurrió con su hijo?

—Está bien. Fue a entregar cierto dinero.

—¿Qué dinero?

—Le hacían falta cien mil dólares para un asunto que no me especificó. Me los pidió prestados porque no tenía efectivo y era urgente. Yo se lo traje, y me he quedado aquí esperando su regreso.

—Ya.

—Me dijo que no tardaría mucho.

—Entonces esperaremos todos juntos. Pero dígame otra cosa:

¿usted le habló de mí a Fletcher?

—Pues... sí.

—¿Anoche, por ejemplo?

—Sí. Él estaba conmigo, en mi casa. Realmente yo no tenía intención de comunicarle que le había contratado, pero empezó a decirme que me veía preocupada y todo eso, y al final se lo confesé.

—Muy hábil. ¿También le habló de lo de la pintura, lo que le conté del museo?

—Sí.

—Lo imaginaba.

—¿Acaso cree que él es quien ha organizado todo este tinglado?

—Tal vez.

—¿Y qué tiene que ver con mi hijo?

—Pudiera ser que descubriera algo importante relacionado con la pintura. Me preocupan los tres nombres: Scarran, Martinson y Fletcher. Los tres aficionados a la pintura, y en medio un pintor restaurador que hace copias de cuadros famosos... Todo muy extraño.

De pronto, escuchamos el ruido de la puerta. Gene Fletcher acababa de hacer acto de presencia.

No lucía un buen aspecto, a pesar de su elegante y bien cortada vestimenta. Parecía haber envejecido unos años más en tan sólo unas horas, y las manos las movía con cierto tic nervioso, muy evidente.

—Buenas tardes, Fletcher —saludé—. O por la cara que le veo, tal vez sean malas tardes.

El dueño de la casa miró a mi cliente.

—¿Qué hacen aquí? ¿Qué significa todo esto?

—Llegaron por su cuenta —explicó ella—. Yo no tengo nada que ver.

Entonces me encaró con la poca energía que parecía restarle:

—Espero una explicación por su parte, señor... Cassidy, si no recuerdo mal.

—Así es.

—Dijo que era reportero, ¿no?

—Usted sabe tan bien como yo que no. Trabajo para la señora Carson. Soy detective privado.

—Gene —habló la viuda—. Quiero que hables y aclares esto.

¿Qué relación tenías con Joe?

—Lois, yo...

—¡Gene! ¡No consiento evasivas! ¡Esto ha llegado a un punto insostenible!

—Si se le hace difícil, yo le ayudaré a empezar, Fletcher —tercié—. El asunto trata sobre pintura. Y ha habido ya dos muertes: Joe Carson, a quien usted conocía perfectamente, y Patrick Arden, un pintor restaurador del Museo de Pintura Holiday. Sin contar la muerte de un navajero pagado y los asaltos realizados por un par de gorilas asalariados en las personas de Sharon Ellis, Eve Arden, aquí presente, y yo. ¿Por qué no se anima, Fletcher? ¿O prefiere que llame a la policía?

Esto último le decidió. Súbitamente recobró algo de color y exclamó:

—¡Yo no he hecho nada! ¡No he matado a nadie!

—¿Entonces?

—Es todo muy sencillo. Cuando regresé con Lois por la muerte de su hijo, me di cuenta que me habían cambiado el cuadro de Renoir. Era una copia bastante mala. Pasó el tiempo y finalmente me llamó el ladrón. Me pidió cien mil dólares. Eso es lo que he ido a pagar hoy.

Di dos zancadas, me planté ante él y le crucé el rostro.

—¡No estoy dispuesto a aguantar mentiras, Fletcher! ¡He soportado una paliza y el ataque de unos navajeros, creo que ya es demasiado!

—¡No miento! —Trató de aguantar el tipo.

—Está contando la verdad a medias —le repliqué—. El cuadro que le robaron era también una copia.

—¡No!

—Yo mismo lo he visto en una buhardilla oculta que tenía Patrick Arden. Tengo la impresión que lo que usted ha ido a pagar es un chantaje.

Lois Carson se encaró a él, con el rostro apesadumbrado.

—¿Cuál es la verdad de todo esto, Gene?

El cayó sobre una butaca, como un plomo, y se llevó las manos a la cabeza.

—Estoy arruinado —dijo en un susurro—. Arruinado...

—Pero ¿qué tontería dices? —exclamó ella.

—Es la verdad, Lois. Estoy arruinado. Como último recurso me hice unas buenas copias de los auténticos cuadros y éstos los vendí bajo mano. No quería que la gente se enterara, perdería amistades, créditos, me vería fuera de los clubs sociales... Este mundo es muy cruel. Sólo te quieren cuando tienes los bolsillos llenos.

—¿Y? —pregunté yo.

—Es verdad lo que dije antes. Cuando vine, me di cuenta del cambio. Esta copia que me dejaron era muy mala, un buen aficionado como yo lo apreció enseguida. Comencé a darle vueltas al asunto, pensé en Joe, en su encuentro sospechosamente casual, su extraña visita a casa... y su no menos extraña muerte. Los ladrones no habían usado violencia alguna. Habían entrado y salido sin dejar huellas de su paso. Pensé que el muchacho podía haber tenido algo que ver. Finalmente me decidí a contratar a dos hombres para que atraparan a la amigueta de Joe y trataran de sonsacarle, a ver si sabía algo. La chica logró escaparse sin decir nada, los muy idiotas... Luego usted se presentó en mi casa y me hizo sospechar, así que llamé a los hombres que tenía contratados y éstos, al darle su descripción, me dijeron que era el tipo que estaba en compañía de la chica. Así que le entretuve un poco con la conversación para darles tiempo a ellos, quienes fueron tras usted, observando sus pasos y cuando tuvieron una ocasión le atacaron para averiguar lo que sabía. Fue un tonto paso por mi parte. Lo supe después, cuando me presenté en casa de Lois y le sonsaqué. Así averigüé quién era usted en realidad, y supe de la pista del museo de pintura. Por eso a la mañana siguiente mis hombres volvieron a actuar... Yo estaba desesperado, jugando contra reloj, tratando de saber quiénes me habían robado. Un tipo me acababa de telefonar esta madrugada, diciéndome que sabía que el cuadro era falso y me pedía cien mil dólares por no desvelar el asunto. Un chantaje. El plazo se cumplió y tuve que pedirle el dinero a Lois con una excusa. Ahora acabo de entregarlo.

Calló y nos miró uno a uno, pidiendo silenciosamente nuestra credulidad.

—¡Les juro que eso es todo! —exclamó de pronto—. ¡No sé nada de las muertes!

—¿Quién pudo haber sido? —preguntó entonces la viuda, mirándome.

—Mmm... Ahora tengo alguna idea. Creo que Patrick Arden y su amigo Gary Mills idearon el plan de robar las pinturas y sustituirlas por copias que haría Arden para alargar el descubrimiento del fraude. Entonces buscaron la colaboración de Joe Carson.

—Un momento —intervino Eve—. ¿Cómo conocieron mi padre y su amigo a Joe Carson?

—No lo sé. Es cierto. Tal vez Joe Carson tuviera las mismas inclinaciones...

—¿Está insinuando que mi hijo...?

—Lo siento, señora. Es sólo una teoría. No lo sabemos ciertamente. Pero el hecho seguro es que, gracias a su hijo, los otros obtuvieron los datos de tres grandes aficionados a la pintura, con obras de mucho valor en sus casas: Scarran, Martinson y Fletcher. Estoy seguro que los otros dos, Scarran y Martinson, también fueron visitados por Joe y también han sido robados... Luego algo raro debió suceder, tal vez Joe Carson se arrepintiera y disfrazaran su muerte con un accidente, o tal vez fuera en realidad un accidente. Ninguno de ellos podía imaginar que Fletcher estuviera arruinado y que sus cuadros no fueran más que excelentes copias. Al descubrirlo, y no sé por qué tardaron tanto, el tal Gary Mills y Patrick Arden debieron discutir, costándole la vida al segundo. Seguidamente Gary Mills le telefoneó a usted, Fletcher, pidiéndole el dinero.

—Y el tipo ya estará a estas horas en Canadá —musitó Eve, pesimista.

—Posiblemente —tuve que convenir.

—Señor Cassidy —me encaró la viuda—, usted no ha hecho más que ensuciar el nombre de mi hijo, sin resolver para nada lo que le encargué.

—Lo siento, señora Carson. Así es la vida. Lo único que me apena es no poderle echar el guante a ese Gary Mills. El muy maldito se ha salido con la suya.

—Sabemos su nombre, quién es... —dijo Eve.

—Sí, ¿y qué? Ya oíste lo que dijo aquel Freddy. No había aparecido por allí, ni por su casa... Ese tío debe andar oculto en algún lado. Me parece que eso ya es trabajo de la policía.

—Hay algo más —dijo entonces Fletcher.

—¿Qué? —pregunté.

—Ese hombre tiene un cómplice.

—¿A quién se refiere?

—A una mujer. La persona que recogió el maletín fue una mujer. Una chica rubia, de aspecto descarado.

Algo así como un chispazo se produjo en mi cerebro. Y comencé a ver claro.

Salí de allí corriendo.

CAPÍTULO XII

Conduje como un loco por la ciudad. Primeramente comprobé un dato que me obsesionaba y luego me dirigí a su casa, rogando porque no se hubiera ido aún. Muchas cosas acudían a mi mente con bastante significado.

Llegué justo en el momento que ella tomaba un taxi, portando una maleta. En efecto, había pasado por casa para cambiar su indumentaria.

No la detuve. Supuse que iba al encuentro de su cómplice. Lo mejor sería seguirla.

El taxi me llevó hasta el aeropuerto. Dejé el coche de cualquier manera y fui tras ella. Nos adentramos en el edificio principal, algo bullicioso, con una voz machacona que por los altavoces anunciaba la salida de un vuelo.

La suerte no me acompañó todo lo que yo quería. Ella tropezó con un señor regordete y despistado, y como fruto de este encontronazo, giró media vuelta. De reojo, me vio. Lo adiviné al verla echar a correr, sin despegarse de la maleta. Eso fue lo que evitó que se me escapara. La maleta debía pesar bastante, impidiéndole correr en demasía. Por otro lado, no quería desprenderse de ella, y yo suponía por qué.

Tras sortear a infinidad de personas y propinar algún que otro empujón, haciendo oídos sordos a los improperios, logré alcanzarla y la atrapé por un trazo.

Ella jadeó, mirándome enfurecida, tratando de resistirse. Un agente de seguridad nos observaba.

—Yo de ti no llamaría la atención —le dije—. Tienes mucho que perder.

Ella comprendió, no ofreciendo más resistencia.

—Caminemos como dos buenos amigos hacia la terminal sur — dije sonriendo.

Me obedeció. Yo continuaba cogiéndola del brazo libre, como un enamorado.

—Sorpresa, ¿eh?

—¿Qué haces aquí? —me espetó, rabiosa.

—Te buscaba.

—No puedo atenderte ahora.

—Lo sé. Te vas de viaje.

—Sólo el fin de semana. El lunes ven por casa y hablaremos de lo que quieras. Ahora tengo prisa. Si me entretienes, perderé el avión.

—No me engañas, nena.

—¿A qué te refieres?

—Ahora ya sé quién era el lazo de unión entre Joe Carson y ciertos clientes habituales del Pocket Bar, un tugurio de los barrios bajos.

—No sé de qué hablas.

—Era algo que no entendía. Cómo Joe Carson había conocido a tipos como Patrick Arden y Gary Mills.

—No sé quiénes son.

—Me temo que sí.

—Estás desvariando.

—En absoluto, encanto. Ese lazo de unión era una chica llamada...

—No la conozco.

—¿De verdad? —Reí—. Es una joven rubia de buen ver que frecuenta los ambientes nocturnos de los barrios bajos, en busca de hombres. Una ninfómana perdida.

—No sé nada de eso. No me interesan esas historias. Déjame.

—Si estoy diciendo barbaridades, ¿por qué no llamas a la policía para que me ahuyente?

—Eres un amigo y no quiero meterte en problemas.

—Oh, gracias, Nancy.

—¿Cómo has dicho?

—Nancy.

—Mi nombre es Sharon. Lo sabes muy bien. Y además tengo el cabello castaño.

—Sabes que existen las pelucas. Por otro lado, no podías desarrollar tu otra personalidad bajo el nombre de Sharon Ellis y que alguien te descubriera. Se habría acabado tu imagen y tu empleo de la vida diurna. Recuerda lo que hablamos.

—¡Vete al diablo!

—Tranquila, nena. Aún no lo hemos discutido todo.

—¡No tengo nada que discutir!

—Si te alteras, llamarás la atención. Ya sabes que la policía no te conviene.

Por otro lado, yo no deseaba que la policía interviniera aún, hasta saberlo todo y haber atrapado al cómplice. Presentía que el tal Mills debía estar citado allí con Sharon Ellis, y la intervención de la policía podía ahuyentarlo.

—Nada he de ocultar.

—¿Seguro? ¿Quieres que empecemos a hablar de Chris Olsen?

Ella se detuvo. Pude contemplar un rostro pálido, de mirada asustada.

—Chris Olsen era un niño de ocho años, de tu clase. Cierta día desapareció, y al cabo de un tiempo se le encontró muerto. Con él se habían cometido ciertos abusos... La policía no consiguió averiguar nada.

Permaneció callada y quieta como una momia. Tras la pausa, agregó:

—Yo he encontrado a Chris Olsen. Patrick Arden le hizo un bonito cuadro, que guardaba en su buhardilla secreta. Cuando tuve la idea de que tú podías estar relacionada con todo el asunto, pasé por el colegio. Aún estaba abierta secretaría y pude ver una de las fotos del niño.

—¡No! —exclamó, diciendo algo por fin.

—Sí, nena. Has caído. Eso es una prueba, además de las especiales inclinaciones de Patrick Arden. Está claro que fue él quien se aprovechó del chico. ¿Y quién se lo proporcionó? Él tenía amistad con una ninfómana rubia llamada Nancy... que eres tú. No será difícil probarlo. Se te colocará otra vestimenta más provocativa, una peluca rubia... y apuesto a que entonces muchos del Pocket Bar te reconocerán.

Nos encontrábamos a medio camino de la terminal sur, en un largo pasillo por el que iba y venía mucha gente. Sharon Ellis reculó

hada una de las paredes llevándome a mí detrás, y allí se apoyó, desfallecida.

—Ahora me gustaría que me aclararas algunos puntos que aún tengo oscuros —dije, sin soltarla—. Supongo que te habías citado aquí con Gary Mills...

—¿Quién? —Parpadeó.

—Gary Mills. También sé eso. Un joven amiguito de Patrick Arden. Supongo que entre los tres planeasteis el asunto, el robo de los cuadros. La idea, desde luego, debió partir de ti, tras conocer a Joe Carson. El debió hablarte de sus amistades, de las valiosas pinturas de éstos...

—Realmente sabes mucho —admitió ella—. Ya le dije que eras peligroso.

—Y me envió dos navajeros, tu amiguito. ¿Por qué mató a Patrick Arden?

—Principalmente, por tu culpa, también porque así nos tocaría más. Ayer, precisamente, era el día de la transacción... Cuando se robaron los cuadros, no se estudiaron con detalle, confiados en que eran los auténticos. Se ocultaron bien y Patrick Arden buscó el comprador gracias a sus contactos con el mundo de la pintura. El negocio se señaló para ayer, en Toledo. El comprador aceptó todos menos el Renoir de Gene Fletcher, al que calificó como copia. Patrick Arden y mi amigo regresaron con el dinero de los otros dos cuadros, el Renoir rechazado y un poco de cabreo. Mientras tú dormías, completamente rendido, yo telefoneé a mi amigo, supe lo que había sucedido y le puse al corriente de los hechos acaecidos durante su ausencia ese día, es decir, el rapto que había sufrido por parte de dos extraños gorilas y tu intervención en el caso cerrado. Le conté, por supuesto, tu pista del museo de pintura y eso nos decidió a liquidar a Patrick Arden antes de que hablara contigo, pues era un hombre débil y si se le forzaba podía contarle todo; además así salíamos a mayor cantidad, como ya te he dicho antes. Por otro lado, él llegó a la conclusión de que la actuación de los gorilas debía ser cosa de Fletcher, así que pensó en sacarle una tajada como despedida, una especie de indemnización. Por último, si tú seguías adelante, él se encargaría de que alguien te frenara los pies. Pero...

Apretó los labios, derrotada. Sus ojos se movieron

nerviosamente de un lado a otro.

—Aún quedan algunos detalles —dije no del todo satisfecho.

—¿Qué más quieres saber?

—¿Dónde está él?

—Quedamos en que yo acudiría a la habitación del hotel del aeropuerto. Ése ha sido su refugio durante los últimos días, bien cerca de la vía de escape, por si había dificultades imprevistas.

—Ya. ¿Y en qué vuelo pensabais partir?

—El de Río de Janeiro. Sale dentro de una hora.

—Muy bien. Vamos allá.

—Yo...

—Tú vendrás conmigo —la empujé.

Volvimos sobre nuestros pasos, y yo le pregunté:

—¿Sabes el número de la habitación?

—La 415. Piso primero.

—Estupendo.

Cuando alcanzamos el hotel, el agente de seguridad nos miró con cierto recelo. Los dos entramos con mucha naturalidad, encaminándonos hacia las escaleras.

—Tampoco me has explicado si lo de Joe Carson fue un accidente o un asesinato.

—Un asesinato.

—Se dio cuenta el muchacho, ¿eh?

—Sí.

Ya nos encontrábamos ante la puerta 415. Ella tocó con los nudillos a una indicación mía. Tres veces y con fuerza.

Justo se abrió la puerta que había a mi espalda. Cuando me volví, ya tenía prácticamente encima la hoja de acero.

CAPÍTULO XIII

Sólo pensé en esquivarla y juro que no medité en aquellos instantes tan trágicos para mí lo que eso podía significar.

Lo supe cuando ya era demasiado tarde. Cuando la navaja ya se había incrustado en las mórbidas carnes de Sharon Ellis, que gritó enloquecida, desorbitando sus ojos, crispando sus facciones, soltando la maleta.

El joven de larga melena negra y barbita recortada ahogó una maldición, quedándose un momento absorto, contemplando la hoja de acero manchada de sangre, que todavía tenía en la mano derecha, después de haberla extraído del cuerpo de la mujer que ya yacía a nuestros pies.

Le atrapé la muñeca armada, fieramente, retorciéndosela. Él se debatió con rabia, pero mi fuerza era superior. Finalmente, ante el temor de que le rompiera los huesos, cedió, y la navaja cayó sobre la moribunda Sharon.

El muchacho intentó entonces golpearme, y yo le repliqué con dureza, provocando con nuestros ruidos que varios huéspedes se asomaran al pasillo.

—¡Policía! ¡Policía! —gritaron varios.

Mis puños machacaron implacablemente el rostro del joven Mills, lanzándolo hacia el interior de la habitación 416, en la que realmente se encontraba. Ellos debían tener una contraseña de peligro y a punto había estado de costarme la vida.

Fui tras él, que se rehízo propinándome un patadón en el estómago. Luego enlazó sus dos manos y me alcanzó en el rostro. Quedé un poco atontado. Y el muchacho se despreocupó de mí para dirigirse a la ventana e intentar saltar al exterior. Sabía que aunque me venciera poco tenía que hacer, pues la policía estaba al llegar.

Lo mejor era huir.

Caí sobre él cuando ya pasaba una pierna por la baranda. Quedamos estrechamente enlazados, medio doblados sobre ella, en una posición muy comprometida. Desde abajo mucha gente chilló y nos señaló.

El muchacho ya estaba totalmente perdido; vi policías venir corriendo, con las manos pegadas a las pistoleras. Gary Mills intentó de todas formas zafarse de mí, clavándome los dedos en el rostro. Pero yo le incrusté un antebrazo en el cuello, obligándole a quedar con medio cuerpo en el vacío, la espina dorsal muy forzada, tanto que profirió un alarido de dolor, sacudiendo la cabeza.

Su larga melena negra cayó sobre la multitud que se iba congregando por momentos abajo. Eso me hizo fruncir el ceño. Con la mano libre intenté quitarle la barba recortada y también lo conseguí. Luego le metí sin ninguna compasión los dedos en los ojos y pude comprobar que en realidad no eran azules —usaba lentillas—, sino castaños, como sus cabellos.

Me encontraba ante un resucitado. Joe Carson.

CAPÍTULO XIV

—La idea partió realmente de su hijo, señora Carson, al saber que Sharon Ellis, por su vida nocturna, conocía a Patrick Arden. Le enrollaron con el lío del niño, Chris Olsen, y entonces ya no pudo negarse al negocio. Durante una temporada, gracias o unas reproducciones fotográficas de distintos libros de pintura, Patrick Arden hizo las copias de los tres cuadros que iban a robar. Entonces surgió por medio Gary Mills, un amiguito de Patrick Arden, que al parecer no era tonto y sí bastante ambicioso, el cual quiso chantajearles. Su hijo acabó matándolo. Y entonces tuvo la idea de desaparecer él, ya que así evitaría que cuando se descubrieran los robos sospecharan de él, por sus repentinos encuentros y visitas a los tres amigos de sus padres, como sucedió con Gene Fletcher. Sería fácil porque Gary Mills tenía su misma complexión, llevaría su coche y todos sus documentos y moriría carbonizado, quedando prácticamente irreconocible, precisamente en las fechas que usted y sus amigos se encontraban fuera, que fue cuando realizaron los robos, aprovechando que las casas estaban vacías. Por otro lado, al no estar usted, recurrirían a otras personas allegadas para hacer la identificación... por ejemplo Sharon Ellis, que estaba al tanto del asunto y sé presentó de inmediato. Cuando usted llegó de Europa sólo tuvo que hacerse cargo del funeral. Y planeándolo como un accidente automovilístico, si salía bien, no habría problemas, pues la policía no llegaría a intervenir. Y, efectivamente, todo salió bien... hasta que yo intervine y Gene Fletcher se puso como un loco a buscarlos para recuperar la copia antes de que se supiera de su ruina. Incluso cometió la torpeza de no limpiar bien su apartamento...

Lois Carson me había estado escuchando con gesto abatido,

mientras esperábamos en una sala del Police Department a que trajeran al muchacho. Ella había pedido verle.

El joven apareció custodiado por dos agentes, convenientemente esposado. A mí me dirigió una mirada despectiva y a su madre la miró con indiferencia.

La mujer se aproximó a él, intentando mostrarse serena, cosa que no conseguía.

—Hola, hijo —musitó.

Joe Carson no contestó.

—¿Por qué...? —preguntó la madre.

El siguió callado y ella insistió:

—¿Por qué, Joe, por qué?

La voz de la mujer era un lamento más que una súplica. El muchacho encanutó los labios, pareció pensárselo y luego estalló violentamente:

—¿Por qué? ¿Por qué? ¡Eres una vieja estúpida! —Escupió al suelo con desprecio—. Me tenías agarrado con tu asquerosa asignación mensual, tu insistencia con los estudios universitarios, la chica bien que debía encontrar para casarme y todas las chorradas que a ti te hacen tan feliz dentro del mundo en que te desenvuelves. Yo quería vivir mi vida, a mi aire, con emoción y riesgo, no con todo hecho, junto a la persona que quisiera. ¿No te gustaba Sharon? —soltó una risita burlona, insultante—. ¿Y qué me dices tú de Fletcher? Estaba arruinado, te tomaba el pelo, sólo quería tu dinero. Le sonsaqué algunas cosas por teléfono, cuando le llamé para pedir el dinero. Él no sabía quién era, por supuesto...

—¡Joe! —gritó su madre, espantada.

—¡No quiero saber nada de ti! ¡Olvídame! ¡He fracasado una vez más por tu culpa!

—¡Joe! —volvió a gritar la mujer, llevándose las manos a los oídos.

—¡Vete al cuerno! ¡Púdrete con tu empresa automovilística!

—¡Joe, hijo mío!

—¡Estaba muerto!, ¿no? ¡Pues haberme dejado descansar en paz, maldita entrometida!

Volvió a escupir y le hizo una indicación a sus celadores para que se lo llevaran.

Transcurrieron cinco minutos durante los cuales sólo escuché el

llanto de la mujer. Luego se recuperó algo y comenzó a enjugarse las lágrimas silenciosamente. El teniente Adam Spielberg, que había sido requerido por sus superiores, apareció por allí con cara de reprimenda.

—Bueno —exclamó—. Al final te saliste con la tuya, Paul Cassidy.

—Sólo cumplí con mi trabajo.

—Sí —asintió fastidiado.

La señora Carson se aproximó a nosotros, encarándome. Sus ojos tenían un brillo extraño. Abrió su bolso y sacó un talón, que me entregó.

—Sus honorarios —dijo.

—Gracias.

—Nunca debí haberle contratado —me espetó, y adiviné matices de rencor en sus palabras.

—Supongo que sí —me guardé el talón en un bolsillo de la chaqueta—. La verdad es muy dura, y muy pocos están preparados para afrontarla.

Luego di media vuelta y me alejé sin despedirme. Cuando salí del Police Department, inspiré profundamente, renovando el aire de mis pulmones.

Poco después me reunía con Eve Arden, a la salida del Museo de Pintura Holiday.

—Necesito seguir trabajando para poder olvidar un poco toda esta pesadilla —me había dicho horas antes, por teléfono, cuando quedamos citados.

Nos fuimos al bar aquel del pianista solitario y, con hermoso fondo musical, nos besamos y nos dijimos palabras de amor, algo que cada vez tiene menos que ver con las cosas de este mundo.

FIN

Albert Rosbund es el pseudónimo del escritor Alberto Rosbound Izquitino.